

Ángeles: Su Naturaleza y Ministerio

REVISADO POR J. H. WAGGONER.

¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación? - Hebreos 1:14.

Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar. - 1 Pedro 5:8.

PACIFIC PRESS PUBLISHING COMPANY,
OAKLAND, CALIFORNIA,
SAN FRANCISCO, NUEVA YORK Y LONDRES.
Registrado conforme a la Ley del Congreso, en el año 1891, por
PACIFIC PRESS PUBLISHING CO.,
En la Oficina del Bibliotecario del Congreso, Washington, D. C.

Contenido

PARTE UNO -- ÁNGELES: Su Naturaleza y Ministerio	3
1. Verdad y Error	4
2. Los ángeles no son los espíritus de los muertos	6
3. La Familia Celestial	8
4. Los ángeles son seres reales.....	10
5. El Número de Los Ángeles.....	15
6. El Carácter Exaltado y la Gloria Sobresaliente de los Ángeles	17
7. Los Diferentes Órdenes De Ángeles	19
8. Su Obra en El Evangelio	21
9. Los ángeles son espíritus ministradores para los hijos de Dios.....	23
10. Todo hijo de dios tiene un ángel guardián.....	28
11. Los ángeles ejecutan los juicios de Dios sobre los impíos.....	32
12. Ángeles registradores	33
13. Los ángeles reunirán a los santos.....	36
PARTE DOS — ALGUNAS PISTAS SOBRE EL ORIGEN Y DESTINO DE SATÁN SEGÚN SE OBTIENEN DE LA ESCRITURA	38

1. El diablo, un ser real	39
2. Origen de Satanás	42
3. El Diablo y Sus Ángeles.....	49
4. Por qué se permitió que existiera	52
5. Satanás, un errante	57
6. Gana Posesión de la Tierra.....	60
7. Poseídos por demonios	67
8. El hombre en prisión.....	70
9. La redención del hombre.....	74
10. Satanás Atado	80
11. El juicio de los impíos.....	93
12. La destrucción de satanás.....	95
13. La Redención de la Tierra.....	99

PARTE UNO -- ÁNGELES: Su Naturaleza y Ministerio

1. Verdad y Error

El enemigo de Dios y de la familia humana no ha dejado ningún medio sin intentar con el que pudiera pervertir la verdad y alejar a los hombres del conocimiento del Dios verdadero y de Su ley. Parece ser su plan invariable llevar a los hombres primero a olvidar o a dudar lo que Dios les ha enseñado con respecto a cualquier verdad, y luego, como sustituto, a infundir en sus mentes algún error que, en sus características principales, se asemeja mucho a la verdad, pero que, sin embargo, se le opone.

Así, cuando había llevado a los hombres a olvidar a Dios, Satanás desvió sus mentes para adorar al sol y a la hueste del cielo. Cuando habían olvidado la palabra de Dios, dada a través de Sus profetas, introdujo en su lugar los oráculos y sacerdotes paganos. Así ocurre con la verdad en cuanto al ministerio de los ángeles. Ellos son los mensajeros divinamente comisionados, enviados para ministrar a aquellos que serán herederos de salvación. Pero esta gloriosa verdad bíblica se ha perdido tanto de vista que muchos, incluso de aquellos que se llaman a sí mismos cristianos, no tienen ideas claras al respecto y poca fe práctica en ella. Sin embargo, la necesidad de algún espíritu ministrador, algún visitante celestial del mundo de luz, para instruirnos en las cosas de Dios, se siente ampliamente.

Satanás ve que esta necesidad debe ser satisfecha. Se debe inventar un sustituto. ¿Cuál será? Para responder a esto solo tenemos que mirar la historia de aquellas naciones que han olvidado a Dios. (Salmos 9:17). Desde los sacerdotes egipcios hasta los médiums espiritistas modernos, los encontramos enseñando que los espíritus de los muertos regresan para ministrar a sus amigos en este mundo. Pero mientras la Biblia a menudo habla de las visitas de ángeles santos a nuestro mundo para ministrar a los hijos de Dios, guarda completo silencio respecto al regreso de los espíritus de los muertos para ese propósito. Acércate a los paganos que no saben nada de Dios y de Su palabra, y los encontramos ensalzando las almas de sus amigos muertos como dioses, semidioses y espíritus protectores. Lleguemos a la última generación, incluso en los llamados países cristianos, y encontramos

una extensa incredulidad en la existencia de ángeles, sean buenos o malos, o solo ideas vagas e indefinidas de su carácter y oficio.

Hasta ahora, Satanás ha tenido un gran éxito. Se ha formado un vacío que, como enseñan tanto la razón como la revelación, debe ser llenado. Como sustituto, ha introducido las supuestas almas de los muertos como espíritus ministradores del otro mundo. Para sostener su obra falsificada, utiliza astutamente todos los argumentos, tanto de las Escrituras como de la naturaleza, que demuestran que existen, o deberían existir, mensajeros para comunicarse entre este y el otro mundo. Si puede convencer a los hombres de que son espíritus los que se comunican, habrá logrado su objetivo, puesto que la gente en general no tiene una fe definida en la existencia de ángeles, sean buenos o malos, excepto si lo aprenden de esta fuente.

2. Los ángeles no son los espíritus de los muertos

No podemos admitir que los espíritus de los muertos regresen jamás para comunicarse con los vivos. Y afirmamos, basándonos en la autoridad de la Santa Biblia, que ellos nada saben acerca de sus amigos aquí o de lo que se hace en este mundo. Así dice Job: «De igual manera destruyes la esperanza del hombre. Para siempre te prevaleces contra él, y él se va [esto es, muere]; le mudas el rostro y le envías lejos. Sus hijos llegan a ser honrados, y él no lo sabe; o son humillados, pero él no lo percibe.» (Job 14:1-21)

Este testimonio muestra que después de que un hombre muere, no tiene conocimiento de lo que les sucede a sus amigos aquí. Contradice claramente la idea de que nuestros amigos muertos se convierten en nuestros ángeles guardianes, velando por nosotros, compadeciéndose de nosotros en nuestras tristezas y regocijándose con nosotros en nuestra prosperidad. Declara claramente que después de que un hombre está muerto, no sabe nada de lo que les sucede a sus hijos en este mundo. Aquí hay otro testimonio aún más decisivo: «Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más recompensa; su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol.» (Eclesiastés 9:5, 6)

Este texto declara positivamente que los muertos nada saben acerca de las cosas de esta vida. No tienen parte en nada de lo que ocurre bajo el sol. Así dice la palabra del Señor, y así creemos. De hecho, sería fuente de la más aguda angustia para una madre, después de la muerte, ver a sus hijos abandonados, maltratados y llevados al crimen y la degradación, como frecuentemente les ocurre a los huérfanos. ¿Qué clase de cielo sería este para ella? ¿Qué bien podría resultar de la conciencia en el cielo bajo tales circunstancias? Pero no hay razón ni revelación que apoye tal teoría. El espiritismo es uno de los mayores ardides que Satanás haya ideado jamás para el engaño y la destrucción de la familia humana. Se basa en la suposición de que todos los espíritus que se comunican son los espíritus de los

muertos. Proponemos, por lo tanto, adentrarnos en una investigación bíblica de este tema.

3. La Familia Celestial

«Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra.» (Efesios 3:14, 15). Por esto aprendemos que hay una familia en el cielo.

¿Quiénes componen esa familia? No los espíritus de nuestros amigos difuntos, sino los santos ángeles que fueron creados en el cielo antes de que el hombre fuera hecho sobre la tierra. Leemos en muchos lugares acerca de los ángeles en el cielo. Así, en Apocalipsis 5:11: «Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y el número de ellos era millones de millones, y millares de millares.» (Apocalipsis 5:11).

Los espiritistas afirman que estos ángeles son las almas de los difuntos que una vez vivieron en esta tierra. Como un hombre no puede morir hasta que es creado, por supuesto, si los ángeles son solo las almas de hombres muertos, no pudo haber habido ángeles hasta después del sexto día de la creación; no, ni siquiera entonces hasta que uno o más hombres hubieran muerto. Pero los ángeles sí existieron antes de que el hombre fuera creado, o incluso antes de que se pusieran los cimientos del mundo. Si esto se prueba, la teoría antes mencionada, de que los ángeles son los espíritus de hombres muertos, debe caer por tierra.

En Génesis 3:24 leemos que Dios colocó querubines para guardar el camino del árbol de la vida cuando Adán y Eva fueron expulsados del jardín. Los querubines son un orden superior de ángeles. Esto fue antes de que cualquier hombre hubiera muerto; por lo tanto, no eran las almas de hombres muertos. La palabra del Señor a Job fue: «Cíñete ahora tus lomos como varón; yo te preguntaré, y tú me responderás. ¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra? Házmelo saber, si tienes inteligencia. ¿Quién le puso las medidas, si sabes? ¿O quién extendió sobre ella cordel? ¿Sobre qué están fundadas sus bases? ¿O quién puso su piedra angular, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios?» (Job 38:3-7). Por esto vemos que cuando Dios puso los cimientos de la tierra, las estrellas de la mañana cantaron juntas y todos los hijos de Dios gritaron

de alegría. Esto prueba que la familia celestial sí existía antes de que el hombre fuera creado; por lo tanto, no son espíritus sin cuerpo.

Además, los hombres y los ángeles no son de la misma naturaleza. Así, el salmista dice: «¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra.» (Salmo 8:4, 5). Hablando de Cristo, Pablo dice: «Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham.» (Hebreos 2:16). Entonces, en su propia naturaleza, los ángeles son diferentes de los hombres, y por supuesto no son hombres. ¿Pero no dice la Biblia que en la resurrección nos convertiremos en ángeles? *No lo dice*. Jesús dice que los santos serán *iguales a los ángeles*, en el sentido de que ya no pueden morir. (Lucas 20:36). Pero esto no insinúa que los ángeles y los hombres sean de la misma naturaleza.

4. Los ángeles son seres reales

Los ángeles de Dios no son meros fantasmas incorpóreos, como generalmente se enseña. Son seres personales reales, que poseen forma y sustancia. La tendencia de la investigación en la actualidad se dirige hacia el Espiritualismo; existe, en casi todas partes, un prejuicio innecesario y muy irrazonable contra la idea de que todos los seres creados deben ser materiales. La perspectiva espiritualista no es en absoluto la teoría de las Escrituras.

Sobre este punto, J. H. Kurtz, doctor en teología, hace algunas observaciones acertadas en «Bibel und Astronomie», cap. 4, secc. 14, sobre 1 Corintios 15:40. Dice: «No podemos concebir una criatura sin cuerpo, porque todo lo creado solo puede, como criatura, vivir, actuar y existir en el espacio y el tiempo, y es la forma corporal sola lo que une a la criatura al espacio y al tiempo». «Si concebimos a los ángeles como seres tan espirituales y celestiales, tan exaltados por encima de las leyes odiosas de nuestra forma corporal, por encima de los impedimentos de nuestra sustancia más burda, aun así son criaturas, y como tales deben pagar el tributo de la forma corporal, por etérea, fina e incomprensible que esta sea para nuestros sentidos». «Por lo tanto, en la creación, la forma corporal es la condición de toda existencia».

Con el mismo propósito, el Diccionario Bíblico de Zeller, en el artículo «Ángeles», dice: «No carecen de cuerpo, ya que no podemos concebir fácilmente ninguna criatura sin forma corporal; sino que tienen una forma corporal superior, más fina y etérea, que está de acuerdo con el sistema del mundo celestial al que pertenecen».

La misma idea se enseña en muchas ocasiones donde se menciona a los ángeles en las Escrituras. Isaías los describe como poseedores de rostro, pies, alas, etc.: «Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies, y con dos volaban» (Isaías 6:1, 2). Ezequiel también los describe de manera similar. De los querubines dice: «Y todo su cuerpo [margen, «Heb., carne»], sus espaldas, sus manos, sus alas y sus ruedas, estaban

llenos de ojos», etc. Toda la descripción indica una existencia corporal real, un cuerpo con manos, pies, alas, etc.

En Génesis 18:1-8 leemos: «Después le apareció Jehová en el encinar de Mamre, estando él [Abraham] sentado a la puerta de su tienda en el calor del día. Y alzó sus ojos y miró, y he aquí tres varones que estaban junto a él; y cuando los vio, salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, y se postró en tierra, y dijo: Señor, si ahora he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no pases de tu siervo. Se traerá ahora un poco de agua, y lavad vuestros pies; y recostaos debajo de un árbol, y traeré un bocado de pan, y confortaos vuestros corazones; después pasaréis; pues para eso habéis pasado cerca de vuestro siervo. Y ellos respondieron: Haz así como has dicho. Entonces Abraham fue de prisa a la tienda de Sara, y le dijo: Toma pronto tres medidas de flor de harina, y amasa y haz panes cocidos debajo del rescoldo. Y corrió Abraham a las vacas, y tomó un becerro tierno y bueno, y lo dio al criado, y este se apresuró a prepararlo. Tomó también mantequilla, leche, y el becerro que había preparado, y lo puso delante de ellos; y él se estuvo con ellos debajo del árbol, y comieron» (Génesis 18:1-8).

Aquí se dice que comieron la comida que Abraham les preparó. Que eran ángeles, lo aprendemos de lo que sigue: «Y se levantaron de allí los varones, y miraron hacia Sodoma; y Abraham iba con ellos acompañándolos». Dos de ellos fueron a Sodoma. «Llegaron, pues, los dos ángeles a Sodoma a la caída de la tarde; y Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma. Y viéndolos Lot, se levantó a recibirlos, y se inclinó hacia el suelo, y dijo: Ahora, mis señores, os ruego que vengáis a casa de vuestro siervo y os quedéis en ella esta noche, y lavad vuestros pies; y por la mañana os levantaréis y seguiréis vuestro camino. Y ellos respondieron: No, sino que en la calle nos quedaremos esta noche. Mas él porfió mucho con ellos; y vinieron a él, y entraron en su casa; y les hizo banquete, y coció panes sin levadura, y comieron» (Génesis 19:1-3).

Aquí, quienes se encontraron con Abraham son llamados ángeles. Se les representa con manos y pies; y se dice que comieron alimento material, lo que demuestra que eran seres materiales. Parece también que los ángeles tienen alimentos expresamente preparados para su uso. David dice: «Aunque había

mandado a las nubes de arriba, y abrió las puertas de los cielos, e hizo llover sobre ellos maná para que comiesen, y les dio trigo de los cielos. El hombre comió pan de ángeles» (Salmos 78:23-25). El maná es llamado aquí el grano del cielo y el alimento de los ángeles. Por lo tanto, los ángeles comen alimento y son seres materiales. No podríamos imaginar que seres inmateriales comieran alimento material, como el maná que Dios envió del cielo.

Esta idea se sostiene además por el hecho de que Jesús, después de su resurrección, tenía carne y comía. Al aparecer a sus discípulos, dijo: «Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lucas 24:36-43).

Pero Jesús es las primicias, el ejemplo de los santos en la resurrección. Comió con sus discípulos; y así les prometió que comerán y beberán con él en su reino. Véase Mateo 26:29; Lucas 12:37; 22:16, 18, 29, 30. Y hablando de la nueva tierra, donde habitarán los santos inmortales, el Señor dice: «De un sábado a otro, vendrá toda carne a adorar delante de mí» (Isaías 66:23). Los santos serán llamados carne en el reino de Dios. Y así como Cristo es, y los santos inmortales serán, materiales, así también concluimos que los ángeles son seres materiales.

En la historia de Balaam tenemos un incidente interesante que respalda este punto. Así leemos: «Y la ira de Dios se encendió porque él iba; y el ángel de Jehová se puso en el camino como adversario suyo. Iba, pues, él montado sobre su asna, y con él dos criados suyos. Y el asna vio al ángel de Jehová, que estaba en el camino con su espada desenvainada en su mano; y el asna se apartó del camino, y se fue por el campo; y Balaam golpeó al asna para hacerla volver al camino». «Entonces Jehová abrió los ojos de Balaam, y vio al ángel de Jehová que estaba en el camino, y tenía su espada desenvainada en su mano» (Números 22:22-31). El ángel se apareció a Balaam con una espada desenvainada en su mano. Los espiritualistas nos dicen que el ángel creó su cuerpo y la espada, para la ocasión, de los materiales que lo rodeaban, haciéndolos parecer un cuerpo y una espada cuando no había ninguno. Entonces el ángel realmente engañó a Balaam, haciéndole pensar que tenía un cuerpo y una espada cuando no los tenía; y el registro engaña al lector de la misma manera. Pero se observará que el registro dice: «Entonces Jehová abrió

los ojos de Balaam, y vio al ángel», y no que el ángel creó una apariencia que pudiera ser vista.

Tan pronto como los ojos de Balaam se abrieron, vio al ángel. La idea se transmite claramente de que el ángel era el mismo antes de que Balaam lo viera que después. Esto se hace más evidente por el hecho de que la bestia podía ver al ángel, mientras que Balaam no podía verlo. Con respecto a esta ocurrencia, una de dos cosas es cierta: o el ángel tenía una forma material antes de que se abrieran los ojos de Balaam para que pudiera verlo, o el bruto mudo vio un espíritu inmaterial. Lo último difícilmente será afirmado; por lo tanto, debe reconocerse que el ángel estaba allí en su propia forma corporal antes de que Balaam lo viera.

Un objetor dice: «Si los ángeles son materiales, ¿cómo puede ser que puedan estar presentes y ser vistos en un momento, y no ser vistos al momento siguiente, mientras ocupan la misma posición?». No es correcto afirmar que toda la materia puede ser vista. El aire es material, pero su presencia no es detectada por el ojo, aunque sí por otros sentidos. Gran parte del prejuicio sobre este tema surge de no considerar debidamente la diversidad casi infinita de formas bajo las cuales puede aparecer la materia. Aquí es una bola de barro, y allí es un reloj de oro fino. Ambos son materiales, ¡pero qué diferentes! Aquí hay un trozo de hielo, y allí hay un chorro del vapor más caliente. Cada uno parece ser exactamente lo opuesto al otro; sin embargo, son solo diferentes condiciones de la misma materia. Uno es agua congelada; el otro es agua muy caliente. Así, algo de materia la vemos en forma burda, y algo de la más exquisita organización. Aun así, todo es materia, y la misma materia puede ser visible en un momento e invisible en otro, como es el caso del agua convertida en vapor y disuelta en el aire.

Se objeta el hecho de que a los ángeles se les llama espíritus (Hebreos 1:13, 14). Pero no hay una base justa para la objeción. Los santos tendrán cuerpos después de su resurrección, sin embargo, serán cuerpos espirituales. «Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual» (1 Corintios 15:44). Sobre este punto, el Dr. V. Baader, en *Anthropolog. Schr.*, comenta: «Un espíritu sin cuerpo es también, según las Escrituras, simplemente una sombra, y en este sentido las Escrituras son completamente materialistas, en oposición al espiritualismo de los modernos; solo

que ellas colocan materia imperecedera en todas partes en contraste con la materia perecedera». Y así también Rudolph, en *Die Lehre Vom Menschen*, dice: «Las Sagradas Escrituras no conocen ningún ser o vida sin forma». Estas observaciones son veraces, como todo lector cuidadoso ha percibido. No se puede producir un texto en la Biblia que enseñe la existencia de un ser sin forma o inmaterial.

5. El Número de Los Ángeles

El número definitivo de los santos ángeles no se da en las Escrituras; sin embargo, hay declaraciones de las cuales podemos formarnos una idea de la inmensidad de esta hueste de Dios. Jesús dijo: «¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a Mi Padre, y Él me daría al instante más de doce legiones de ángeles?» (Mateo 26:53).

Juan, al tener una visión del cielo, la gloria y la majestad de Dios, y la vasta hueste de ángeles adorando ante el trono, habló de sus grandes números así: «Y el número de ellos era diez mil veces diez mil, y miles de miles» (Apocalipsis 5:11). Bengel, en su *Gnomon*, traduce esto: «Miríadas de miríadas y millares de millares». Y añade la siguiente excelente nota: «Una miríada consta de diez mil; miríadas, si solo se refieren a dos de ellas, suman veinte mil; un millar tomado dos veces, hace dos millares. Pero hay miríadas de miríadas, y millares de millares, es decir, las miríadas se multiplican entre sí, y, de igual modo, los millares. Para concebir más fácilmente el significado, podría imaginarse así: Aquí hay un regimiento que consta de diez mil ángeles; entonces habría diez mil de tales regimientos, y esto no solo una vez, sino al menos dos veces. De la misma manera, los millares deben tomarse mil veces; es decir, si se cuentan mil ángeles por cada cuerpo, entonces hay de tales cuerpos de millares (en plural) al menos dos mil cuerpos. Las miríadas suman doscientos millones, y los millares dos millones, ¡una multitud inmensa!».

Si bien esto da alguna idea de la grandeza de la multitud, de ninguna manera es seguro que el cálculo sea lo suficientemente grande. En lugar de ser simplemente dos miríadas, como el plural debe contener, podría significar muchas más, lo que aumentaría enormemente el total. Y todos estos eran solo aquellos a quienes Juan vio adorando alrededor del trono en un momento dado.

No tenemos lenguaje en el que expresar el número de la familia celestial; no podemos tener concepción de su número. La Biblia declara que son los mensajeros de Dios para llevar a cabo Su voluntad, y es razonable creer que son Sus mensajeros a otros mundos. En una noche clara, observa las estrellas, considera los millones

en la Vía Láctea, y recuerda que cada una es un sol, con todo un sistema de mundos girando a su alrededor, y considera que los ángeles son los mensajeros de Dios a todas partes de Sus dominios, a todos estos innumerables mundos, y entonces podremos apreciar mejor las palabras de Pablo, de que hay «una compañía innumerable de ángeles» (Hebreos 12:22).

6. El Carácter Exaltado y la Gloria Sobresaliente de los Ángeles

Cuando el pecado entró en el mundo, la gloria de Dios fue retirada, y un oscuro velo de penumbra se extendió sobre él; Dios ya no hablaba con el hombre. Solo nos quedan unas pocas flores marchitas, unos cuantos puntos brillantes, para recordarnos la gloria perdida. Incluso los ángeles rara vez han sido vistos por los mortales. Los objetos más hermosos que contemplamos están estropeados por la deformidad y empañados por la decadencia. De ahí que podamos tener solo leves concepciones de la belleza y gloria sobresalientes de los seres celestiales. Pocas veces se ha abierto una brecha en las nubes, a través de la cual a algunos privilegiados se les ha permitido contemplar unos pocos rayos de la gloria del cielo. Y entonces estos han sido tan abrumados por ello que temieron morir. Así, el profeta Isaías, al tener una visión del cielo, exclamó: «¡Ay de mí! porque estoy deshecho; . . . porque mis ojos han visto al Rey, Jehová de los ejércitos» (Isaías 6:5). Cuando Moisés descendió del monte donde había estado con el Señor durante cuarenta días, su rostro resplandecía tanto con la gloria reflejada de Dios, que los israelitas, por temor, lo evitaban (Éxodo 34:29, 30).

¡Cuán brillantes y gloriosos, entonces, deben ser los ángeles que moran en la presencia inmediata del Todopoderoso! Algunos de los rayos de esta luz y gloria los envuelven cuando visitan este mundo. Así, cuando el ángel llegó a Pedro en la prisión, se dice: «Y he aquí, un ángel del Señor se le apareció, y una luz resplandeció en la cárcel» (Hechos 12:7). Del ángel que apareció en el sepulcro de nuestro Salvador se dice: «Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve» (Mateo 28:3). Y Daniel describe así la apariencia de un ángel que vino a él: «Y alcé mis ojos y miré, y he aquí un varón vestido de lino, ceñidos sus lomos de oro fino de Ufaz. Su cuerpo era como el berilo, y su rostro como la apariencia de un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de bronce bruñido, y la voz de sus palabras como la voz de una multitud» (Daniel 10:5, 6).

Que el lector considere por un momento qué majestad y gloria se describen aquí. El monarca más espléndidamente ataviado parecería insignificante en comparación. No es de extrañar que Daniel diga de los hombres que estaban con él: «Les sobrevino un gran temblor, y huyeron y se escondieron» (Daniel 10:7). Y tan extremadamente glorioso fue el ángel que se le apareció a Juan en Patmos, que el apóstol cayó a sus pies para adorarlo, suponiendo que debía ser el Señor mismo (Apocalipsis 22:8). De estos hechos podemos formarnos una idea de la gloria inigualable de los santos ángeles.

De la fuerza y el poder de los ángeles, la Biblia también habla en los términos más enérgicos. Juan dice: «Y un ángel poderoso tomó una piedra, como una gran piedra de molino, y la arrojó al mar» (Apocalipsis 18:21). El salmista habla de aquellos que permanecieron leales a Dios como «ángeles, poderosos en fortaleza» (Salmo 103:20). Cuando el ángel vino a llamar a Cristo del sepulcro, hizo temblar la tierra, y los soldados cayeron como hombres muertos delante de él (Mateo 28:3, 4).

Los ángeles se mueven con la velocidad del relámpago. Ezequiel dice que ellos «corrían y volvían a parecerse a un relámpago» (Ezequiel 1:14). Y Daniel dice que Gabriel voló del cielo a la tierra mientras él oraba (Daniel 9:21).

Los ángeles también tienen control sobre los elementos. Así, cuando el rey de Babilonia mandó calentar el horno a muy alta temperatura, y que se echara a los tres hebreos en él, el ángel del Señor vino, y estuvo de pie y caminó ileso en medio del fuego. No solo eso, sino que protegió a esos hombres de Dios de tal manera que sus vestiduras ni siquiera se chamuscaron (Daniel 3:19-27). Los ángeles también controlan las bestias salvajes. Esto lo vemos en el caso de Daniel siendo arrojado al foso de los leones. Esas bestias feroces se volvieron tan inofensivas como corderos. El ángel de Dios estaba allí (Daniel 6:22). De nuevo, pesadas barras son retiradas de la puerta atrancada, y la enorme verja de hierro se abre de par en par a la orden del ángel, cuando un hijo de Dios ha de ser liberado (Hechos 12). Así vemos que todos los elementos de la naturaleza, y los hombres, y las bestias, están sujetos al control de los ángeles.

7. Los Diferentes Órdenes De Ángeles

Dondequiera que se ve la obra de Dios, contemplamos el más perfecto orden y armonía. Desde la más pequeña brizna de hierba hasta el planeta más grande en los cielos estrellados, el orden más completo se manifiesta. Dios es enfáticamente un Dios de orden. Es un proverbio antiguo y verdadero que el orden es la primera ley del Cielo. Es solo donde el pecado ha dejado sus huellas, donde se ve el rastro de la antigua serpiente, y donde los impíos ejercen el dominio, que encontramos insubordinación, desorden y confusión. Que «en la unión hay fuerza» es una verdad evidente por sí misma, así como una máxima establecida. Esto solo puede asegurarse mediante la ley y el orden. Entonces, ¿no nos enseñan la naturaleza y la razón que los ángeles deben estar sujetos a la ley y el orden en todas sus acciones, y que debe haber diferentes grados entre ellos, como los hay en toda sociedad humana, en el ejército, etc.? Que este es el caso, la Biblia parece enseñar. Hablando de la venida de Cristo, dice: «Y los ejércitos que estaban en el cielo le seguían sobre caballos blancos» (Apocalipsis 19:14). Aquí vemos que Jesús (el Arcángel, 1 Tesalonicenses 4:16; Juan 5:26-29), el Hijo de Dios, quien está a la cabeza, es el Comandante en Jefe de los ejércitos angélicos. Lo mismo se expresa de nuevo en Apocalipsis 12:7: «Y hubo guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles». Dios ha dado a Cristo el mando de todos sus ejércitos. Así dice Pablo: «Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2:9-11).

Ahora bien, si los ángeles están organizados en ejércitos y están sujetos a un Comandante en jefe, se infiere necesariamente que también hay comandantes subordinados y capitanes de divisiones más pequeñas. A menudo leemos en la Biblia de serafines (Isaías 6:1-6), de querubines (Ezequiel 10:1), etc., de dominios, de principados, de potestades, etc. (Colosenses 1:16). Concluimos que todos estos son diferentes órdenes de ángeles. Podemos concluir además que cada compañía está sujeta a su comandante, y este a uno superior, hasta que lleguemos al

Comandante en Jefe, el Hijo de Dios. Así, todas las cosas proceden en unión y orden, y todo el universo de Dios, excepto dentro de la influencia de la rebelión de Satanás, se conserva en la más perfecta armonía. En todas las obras de Dios vemos armonía en la diversidad, y grados superiores e inferiores. ¿Por qué no debería ser así entre los ángeles? Que así sea es tanto razonable como escritural.

8. Su Obra en El Evangelio

Los ángeles de Dios tienen un profundo interés en toda la obra de su Comandante, el Hijo de Dios. El suyo es un servicio de amor; en aquello en lo que Él se deleita, en eso se deleitan ellos. Él pasó años de sufrimiento en la tierra y entregó Su vida por la salvación del hombre. ¡Cuán profundamente, entonces, deben estar involucrados sus sentimientos en favor del hombre y en la obra del evangelio! Aunque la obra de predicar el evangelio no les ha sido encomendada, tienen una parte importante que desempeñar al ayudar al ministro en su labor. Consideremos el caso de Cornelio. Era un hombre concienzudo y temeroso de Dios. El Señor tuvo respeto a sus oraciones y a sus limosnas. Pero él ignoraba el nombre de Jesús de Nazaret. Un ángel fue enviado para moverlo a que mandara a buscar al apóstol de Cristo. Luego, el ángel fue a Pedro para prepararlo mentalmente para ir en esta misión, ya que Cornelio era un gentil. Con el camino así abierto, la obra se realizó fácilmente. Pero, ¡cuán diferente habría sido el resultado si el ángel no hubiera participado!

Por esto, somos llevados a creer que muchas veces el éxito del ministro se debe a la parte que los ángeles desempeñan al preparar el camino, para que los corazones de las personas puedan ser alcanzados. Y a menudo, sin duda, el fracaso del ministro en lograr algún bien en la conversión de almas se debe a que salió en su propia fuerza, listo para atribuirse la gloria de la obra, y los ángeles se han entristecido y alejado, y él no ha tenido ayuda del Cielo.

Los ángeles de los que se habla en el libro de Apocalipsis generalmente se suponen símbolos y no ángeles reales; especialmente los ángeles de Apocalipsis 14:6-12, porque se dice que la obra de proclamar el evangelio eterno les ha sido encomendada a ellos. Pero no creemos que tal conclusión sea necesaria. El Hijo del Hombre es representado, en el mismo capítulo, segando la cosecha de la tierra, mientras que, de hecho, los segadores son los ángeles (Mateo 13:39). Pero la obra se hace bajo su dirección y supervisión inmediatas, porque «Él enviará a Sus ángeles con gran sonido de trompeta, y ellos reunirán a Sus escogidos» (Mateo 24:31). Por lo tanto, se llama muy apropiadamente Su obra, y así también la de

estos ángeles. La obra de desvelar las cosas contenidas en la profecía de Daniel, especialmente en lo que respecta a la expiación y el sacrificio del Mesías, fue encomendada al ángel Gabriel (Daniel 8:13-17; 9:20-27). Al mismo ángel se le dio el encargo de predecir el nacimiento de Juan el Bautista y del Mesías (Lucas 1:11-19, 26-33). Todas las enseñanzas de las Escrituras justifican la creencia de que los mensajes de Apocalipsis 14:6-12 son encomendados a los ángeles, quienes mueven los corazones de los siervos de Dios para que busquen la palabra segura de profecía, donde estas cosas son dadas a conocer, y abran el camino para su obra entre la gente. Sería muy irrazonable concluir que Dios encomienda la obra de estos mensajes a hombres que deben proclamarlos con sus propias fuerzas y según su propia sabiduría, sin ayuda inmediata del cielo. Nadie que haya examinado cuidadosamente la Biblia sobre la obra del ministerio puede creer esto. Los dones del Espíritu de Dios son para la obra del ministerio, para el perfeccionamiento de los santos (Efesios 4:8, 11, 12). «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos» (Zacarías 4:6). Según las Escrituras, el método ordinario del Señor para ayudar a los hombres en su trabajo es por medio de los ángeles, quienes por Su Espíritu traen a la tierra las bendiciones del Cielo.

9. Los ángeles son espíritus ministradores para los hijos de Dios

«Ángel» significa mensajero. El *Union Bible Dictionary*, bajo la palabra «ángel», dice: «La palabra original, tanto en hebreo como en griego, significa mensajero, y así se traduce. (Mateo 11:10)». Aprendemos de las Escrituras que la función de los ángeles es supervisar las obras de Dios, especialmente la causa de Dios en esta tierra; velar por Sus hijos, ministrar a sus necesidades y defenderlos de su adversario, el diablo. Como hay una compañía innumerable de ángeles, algunos de ellos siempre están ante el trono de Dios, para ir a Su mandato.

Dice Juan: «Yo miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono» (Apocalipsis 5:11). David dice: «Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todo. Bendecid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, obedeciendo a la voz de su precepto. Bendecid a Jehová, vosotros todos sus ejércitos, ministros suyos, que hacéis su voluntad. Bendecid a Jehová, obras todas suyas, en todos los lugares de su señorío» (Salmos 103:19-22). Aquí se declara que Dios tiene Su trono en los cielos; los ángeles son representados esperando ante Él, listos para ir a Su voluntad como mensajeros a todas partes de Sus dominios.

Aquí se nos presenta una escena similar a la que observaríamos en la corte de un monarca terrenal. El rey se sienta en su trono, con sus oficiales y sirvientes a su alrededor. Constantemente recibe mensajeros de las diferentes partes de sus dominios. Cuando determina lo que es necesario hacer, envía un mensajero de confianza para que lo realice en su nombre. También tiene oficiales en diferentes partes de su reino, quienes le informan fielmente sobre el estado de las cosas en sus respectivos distritos. Así, el rey puede atender las necesidades de sus súbditos y supervisar sus acciones en todas las partes del dominio, por grande que sea. Y así es como el Señor emplea a Sus siervos, los ángeles. Él siempre obra por medios o agentes. Los ángeles son Sus oficiales o mensajeros, a quienes ha designado para que estén a cargo de esta tierra.

Ellos velan por Su pueblo y ministran a sus necesidades. Llevan las oraciones de los santos ante el Señor y regresan para responderlas, según Sus instrucciones. La prueba de esto es abundante. Así dice Pablo: «¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación?» (Hebreos 1:13, 14).

Esta es una confirmación directa de la postura antes expuesta. Sobre este tema, David dice: «El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende» (Salmos 34:7). Esta gran verdad se ilustra bellamente en el sueño de Jacob. Mientras viajaba solo por el desierto, se acostó en el suelo por la noche para dormir. «Y soñó, y he aquí una escalera apoyada en tierra, y su extremo tocaba el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella» (Génesis 28:12). Este sueño le fue dado para enseñar a Jacob que los ángeles están constantemente pasando entre el cielo y la tierra. Y esto es tan cierto ahora como lo fue entonces.

Tenemos otra ilustración de esta verdad en la historia de Daniel. Él lamentaba el triste estado de su pueblo, que era cautivo bajo el rey de Persia. Durante tres semanas enteras ayunó y oró a Dios para que abriera el camino para que su pueblo regresara a su propia tierra. Al final de este tiempo un ángel vino a él y le dijo: «Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso veintiún días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes [el primero de los príncipes principales, hebreo], vino para ayudarme; y yo permanecí allí con los reyes de Persia» (Daniel 10:12, 13). Tan pronto como Daniel comenzó a orar, Dios envió un ángel para cumplir su petición. El ángel fue a la corte persa e intentó influir en el rey para que promoviera la obra que ya había comenzado en favor de su pueblo y ciudad. El rey parece haberse opuesto a esto, y el ángel no pudo prevalecer con él. Finalmente, el principal de los ángeles se unió a él, y tuvieron éxito. Ningún hombre en la corte persa vio a esos ángeles. El propio rey no era consciente de su presencia ni de su influencia sobre él; sin embargo, lo llevaron a hacer exactamente lo que no había estado inclinado a hacer.

Así es como los ángeles cooperan con los hijos de Dios en sus esfuerzos por la conversión de almas. Nuestros corazones se mueven a orar por un hijo, un cónyuge o un amigo. Dios envía un ángel para impresionar el corazón y turbar la mente del objeto de nuestras oraciones. O estamos en angustia; clamamos a Dios, y Él envía un ángel para librarnos; y no son lentos en venir. Véase un ejemplo en Daniel 9:21-23: «Estando aún hablando en oración, el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, me tocó como a la hora del sacrificio de la tarde. Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos salió la orden, y yo he venido para enseñártelo».

Cuando el profeta comenzó su oración, Gabriel estaba en el cielo; pero antes de que cesara, ya estaba a su lado. Ezequiel, describiendo la rapidez de sus movimientos, dice que «corrían y volvían a parecer como el aspecto de un relámpago» (Ezequiel 1:14).

Así que, cuando Dios oye los clamores de Sus hijos, inmediatamente envía un ángel de Su trono para responder a sus oraciones y suplir sus necesidades. Esto es muy reconfortante para el hijo de Dios. Encontramos un ejemplo muy notable de esto registrado en Hechos 12: «En aquel mismo tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la iglesia para maltratarles. Y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan. Y viendo que esto agradaba a los judíos, procedió a prender también a Pedro. (Eran entonces los días de los panes sin levadura). Y habiéndole tomado preso, le puso en la cárcel, entregándole a cuatro grupos de cuatro soldados cada uno para que le custodiasen; y se proponía sacarle al pueblo después de la Pascua. Así que Pedro estaba custodiado en la cárcel; pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él. Y cuando Herodes le iba a sacar, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, sujeto con dos cadenas; y los guardas delante de la puerta custodiaban la cárcel. Y he aquí, se presentó un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la celda; y golpeando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto. Y las cadenas se le cayeron de las manos. Y le dijo el ángel: Cíñete, y átate las sandalias. Y así lo hizo. Y le dijo: Envuélvete en tu manto, y sígueme. Y saliendo, le siguió; y no sabía que era verdad lo que hacía el ángel, sino

que pensaba que veía una visión. Habiendo pasado la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad, la cual se les abrió por sí misma; y salidos, pasaron una calle, y luego el ángel se apartó de él. Entonces Pedro, volviendo en sí, dijo: Ahora entiendo verdaderamente que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de todo lo que el pueblo de los judíos esperaba» (Hechos 12:1-11).

Aquí todo el poder del rey se alineó contra unos pocos cristianos indefensos. A Jacobo ya lo había matado. Pedro estaba estrictamente custodiado en prisión, esperando su ejecución. Para hacer imposible la fuga o el rescate, estaba atado con cadenas, entre dos soldados, con varios otros colocados para asistirlos. Fue puesto en una prisión interior, de la cual era imposible escapar, excepto pasando estos guardias y rompiendo una puerta de hierro. ¿Qué hicieron los amigos de Pedro? ¿Sobornar a los guardias? ¿Dominar a los soldados? ¿O irrumpir en la prisión? — No; fueron a Dios en oración ferviente. «Pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él» (Hechos 12:5). Dios oyó sus oraciones, concedió su petición y envió un ángel para liberar a Pedro. Simplemente con su toque, las cadenas cayeron de las manos de Pedro. Los guardias quedaron insensibles, la puerta de hierro se abrió, y el hijo de Dios fue salvado. ¿No pueden los cristianos confiar en un Dios como este? ¿No están Sus ángeles listos y capacitados para librarlos de todos sus enemigos? Es verdaderamente como dice el salmista: «El ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen, y los defiende» (Salmos 34:7).

Muchos otros ejemplos están registrados en la Biblia donde Dios ha enviado a Sus ángeles para ministrar a Sus hijos. Son tan numerosos que apenas podemos remitir al lector a algunos de los más interesantes. ¿Envía Abraham a su siervo en una misión importante? Él le dice: «Jehová . . . enviará su ángel delante de ti» (Génesis 24:7). ¿Bendice Jacob a sus hijos al morir? Él dice: «El Ángel que me rescata de todo mal, bendiga a estos jóvenes» (Génesis 48:16). ¿Dirige el Señor a los israelitas para que entren en la tierra de Canaán? Él les dice: «He aquí yo envío mi Ángel delante de ti para que te guarde en el camino, y te introduzca en el lugar que he preparado» (Éxodo 23:20). ¿Está Elías a punto de perecer en el desierto? «Entonces un ángel le tocó, y le dijo: Levántate y come. Y él miró, y he aquí a su

cabecera una torta cocida sobre las ascuas, y una vasija de agua» (1 Reyes 19:5, 6). ¿Ha de ser Daniel librado del foso de los leones? Él dice: «Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones, para que no me hiciesen daño» (Daniel 6:22). ¿Ha de abrirse el evangelio a los gentiles? Un ángel es enviado a Cornelio, y también a Pedro, para cumplir la obra (Hechos 10). ¿Está la vida de Pablo en peligro? Un ángel de Dios se pone a su lado para asegurarle la seguridad (Hechos 27:23).

¿Qué más diremos? El tiempo nos faltaría para mencionar la décima parte de tales ejemplos donde los ángeles de Dios son mencionados directamente como habiendo desempeñado un papel importante en los asuntos de los hombres. Si esto fue así en los tiempos en que se escribió la Biblia, ¿no es así ahora? Si no, ¿por qué?

10. Todo hijo de dios tiene un ángel guardián

Que el Señor envía un ángel para velar por cada santo se enseña claramente en la Biblia. Esto es reconfortante para quienes aprecian la naturaleza de los enemigos que debemos enfrentar en la guerra cristiana. En nuestros conflictos con los poderes de la oscuridad, los ángeles que sobresalen en fuerza pueden brindarnos esa ayuda que tanto necesitamos. Pueden infundirnos luz, fuerza y valor, y pueden estar presentes para protegernos de peligros visibles e invisibles.

Satanás es muy consciente de esto, como le dijo al Señor: «¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado a él y a su casa y a todo lo que tiene por todos lados?» (Job 1:9, 10). Y David nos informa cómo es que el Señor cerca a sus siervos: «El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los defiende» (Sal. 34:7). Los ángeles de Dios vigilaban constantemente a Job y todo lo que tenía, de modo que ningún mal podía acercarse a él, excepto cuando el Señor daba un permiso especial.

Lo que fue cierto en el caso de Job es cierto en el de cada hijo de Dios. De aquellos que creen en Él, Cristo dice: «Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de Mi Padre que está en los cielos» (Mt. 18:10). La frase *sus ángeles* muestra que hay ángeles tan estrechamente relacionados con los siervos de Cristo que son llamados sus ángeles. Cuando Rode afirmó que había visto a Pedro en la puerta, los hermanos dijeron: «Es su ángel» (Hechos 12:15). No quisieron decir que fuera el espíritu de Pedro, porque suponían que él todavía estaba vivo y en la prisión. Quisieron decir exactamente lo que dijo Cristo y lo que ellos mismos dijeron, a saber, que era su ángel, el que lo acompañaba. Hablando del tiempo de angustia, se dice a los santos: «Pues a sus ángeles mandará acerca de ti, que te guarden en todos tus caminos. En las manos te llevarán, para que tu pie no tropiece en piedra» (Sal. 91:11, 12).

Se afirma directamente que un ángel acompañó el campamento de Israel: «Y el ángel de Dios, que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba tras ellos» (Ex. 14:19). El sabio dice: «No dejes que tu boca te haga pecar a tu carne, ni digas

delante del ángel que fue ignorancia» (Ecl. 5:6). Esto asume que un ángel siempre está presente para escuchar lo que decimos. En armonía con esto, el apóstol dice: «Porque hemos llegado a ser un espectáculo para el mundo, y para los ángeles, y para los hombres» (1 Co. 4:9). Debido a que no podemos ver a los ángeles con nuestros ojos naturales, tendemos a olvidar que están constantemente con nosotros, viéndonos, oyéndonos y tomando nota de nuestras palabras y conducta. Pero, según la Biblia, este es realmente el caso.

Una hermosa ilustración de este hecho se encuentra en 2 Re. 6. El rey de Siria hizo la guerra al rey de Israel. Pero el profeta Eliseo reveló al rey de Israel todos los planes y motivos de los sirios, de modo que este pudo derrotarlos o eludirlos cada vez. El rey de Siria, habiendo sabido lo que Eliseo hacía, dijo a sus siervos: «Id y ved dónde está, para que yo envíe a prenderle. Y le fue dicho, diciendo: He aquí, él está en Dotán. Entonces envió allá caballos y carros y un gran ejército; y llegaron de noche, y cercaron la ciudad. Y cuando el siervo del varón de Dios se levantó temprano y salió, he aquí un ejército que rodeaba la ciudad con caballos y carros. Y su siervo le dijo: ¡Ah, señor mío! ¿Qué haremos?». Se encontraban en una situación difícil, en verdad, encerrados en una pequeña ciudad, rodeados por un ejército de enemigos. Pero, ¿cómo se sentía Eliseo al respecto? «Y él respondió: No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos». Naturalmente, podemos suponer que el siervo miró a su alrededor con asombro total. Pero «Eliseo oró, y dijo: Te ruego, oh Señor, que abras sus ojos para que vea. Y el Señor abrió los ojos del joven, y vio; y he aquí que el monte estaba lleno de caballos y carros de fuego alrededor de Eliseo». Ahora el siervo podía entender bien por qué Eliseo estaba tan seguro y sin temor. Legiones de los ejércitos angélicos rodeaban al hombre de Dios para librarlo, según la segura promesa de Dios. El siervo no podía verlos; quizás su maestro tampoco los veía, pero por fe sabía que estaban allí.

Y el caso de Jacob, registrado en Gn. 28:10-22, es una ilustración impactante de esta verdad. Cuando dejó su hogar por temor a su hermano Esaú, se acostó solo por la noche para dormir. «Y soñó: y he aquí una escalera apoyada en tierra, cuya parte superior llegaba hasta el cielo; y he aquí, los ángeles de Dios subían y bajaban

por ella. Y he aquí, el Señor estaba sobre ella»; y habló con Jacob. «Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente el Señor está en este lugar; y yo no lo sabía». Los ángeles de Dios estaban a su alrededor, y los ojos del Señor estaban sobre él, pero él no se había dado cuenta. Si nosotros también pudiéramos darnos cuenta de estas verdades solemnes y gozosas, a menudo nos sentiríamos como Jacob. Así tenemos el hecho abundantemente corroborado de que los ángeles siempre están con los hijos de los hombres. ¡Qué consuelo para el humilde santo cuando es afligido, reprochado, despreciado y perseguido, saber que estos mensajeros celestiales son sus compañeros; que simpatizan con él en todas sus pruebas, lo protegen del poder del diablo y lo fortalecen en su servicio a Dios!

Estos santos ángeles tienen un profundo y vivo interés en la salvación de los hijos de los hombres. Esto se manifiesta por las muchas referencias a ello en las Escrituras. El apóstol dice: «De esta salvación inquirieron y diligentemente buscaron los profetas, . . . cosas en las cuales anhelan mirar los ángeles» (1 Pe. 1:10-12). Se regocijaron cuando nació nuestro Salvador. A los pastores el ángel dijo: «No temáis; porque he aquí, os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo. Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, alabando a Dios y diciendo: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lc. 2:10-14). Esto indica el gran interés que sienten por el plan de salvación para el hombre. En el cielo asisten a Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, en Su obra por los santos. Juan, hablando de lo que vio en el cielo, dice: «Y otro ángel vino y se paró ante el altar, teniendo un incensario de oro; y se le dio mucho incienso para que lo añadiera a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro que estaba delante del trono» (Ap. 8:3). Así llevan nuestras oraciones ante Dios. Cuán conmovedor es el lenguaje de Cristo: «Así os digo que hay gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente» (Lc. 15:10). Conocen el valor de un alma; comprenden el valor del cielo y el terrible destino de los impíos. Trabajan larga, seria y pacientemente para rescatar a los hombres del poder de Satanás. Cuando uno es ganado para el servicio de Dios, todos los ángeles se regocijan. ¡Entonces, qué tierno interés, qué profunda ansiedad, qué simpatía deben sentir por cada alma que lucha! ¡Oh alma mía,

anímate en Dios, quien ha hecho tan graciosa provisión para tu ayuda y tu salvación!

Juan, el amado apóstol de Cristo, fue desterrado a una isla solitaria, pero los ángeles de Dios fueron con él. A uno le fue dado el honor de entregarle la revelación del Hijo de Dios (Ap. 1:1). El Padre dio la revelación a Su Hijo, quien envió a Su ángel para dársela a conocer a Juan. Y ha llegado a través de los siglos, una fuente de instrucción y consuelo para miles de personas que esperan. Y así de toda revelación. Pablo dijo: «Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme», etc. (He. 2:2). Y Esteban dijo a los judíos y de ellos: «Vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis» (Hechos 7:53). Y ahora tienen el mismo interés en nuestro bienestar que tuvieron en la obra de salvación en los días de antaño. Las promesas de Dios son siempre seguras para todos; Sus ángeles siempre ministran a los herederos de la salvación.

11. Los ángeles ejecutan los juicios de Dios sobre los impíos

Mientras los ángeles son mensajeros de misericordia para quienes hacen el bien, también son mensajeros de ira para quienes hacen el mal. Así, el Señor comisionó a los ángeles para ir y destruir Sodoma. El ángel le dijo a Lot: «Destruiremos este lugar, porque el clamor contra ellos ha llegado a ser grande delante del rostro del Señor, y el Señor nos ha enviado a destruirlo» (Gén. 19:13). Cuando Balaam fue a profetizar contra Israel, el Señor envió a Su ángel para matarlo (Núm. 22:22). Así, cuando David hubo pecado, el Señor envió a Su ángel para destruir Jerusalén (1 Crón. 21:14-30). Cuando los asirios blasfemaron contra Dios, el Señor envió un ángel, el cual segó a todos los valientes, y a los jefes y capitanes del campamento del rey de Asiria (2 Crón. 32:21). Cuando Herodes se engrandeció a sí mismo y recibió alabanzas como un dios, «inmediatamente el ángel del Señor lo hirió, porque no dio la gloria a Dios; y fue comido de gusanos, y expiró» (Hch. 12:23).

Tenemos razones para creer que los juicios repentinos que con frecuencia alcanzan a los malhechores son ejecutados sobre ellos por los ángeles de Dios. Cuando el misterio de Dios se cumpla y la obra del evangelio termine, todos los impíos serán reunidos y arrojados al lagar de la ira de Dios. Así dice Jesús: «La siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles. De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del hombre a Sus ángeles, y recogerán de Su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego» (Mat. 13:39-42). Los juicios del Señor, tanto en esta vida como en la reunión final de los impíos para enfrentar su destino, son todos ejecutados por los ángeles. Véase Apoc. 15:1; 16:1-17. En estos textos se dice que la ira de Dios es derramada sobre los impíos por los ángeles.

12. Ángeles registradores

Tan generalizada es la creencia de que los ángeles registran las acciones de los hombres que el uso de la expresión «ángel registrador» se ha vuelto proverbial. No obstante, no extraeríamos ninguna conclusión basándonos meramente en una creencia general, ni seríamos categóricos donde las Escrituras no hablan claramente. Pero creemos que podemos reunir suficiente evidencia de las Escrituras para justificar la creencia que se ha vuelto tan común entre los cristianos.

La Biblia enseña claramente que los libros son escritos delante del Señor, y que son presentados y usados en el día del juicio. A la objeción de que el Señor no necesita libros para registrar las acciones de los hombres, y que todo está presente en su mente, no tenemos respuesta que dar. Esta no es una cuestión del conocimiento de Dios, o de cómo Él podría juzgar al mundo si así lo considerara oportuno. No podemos saber qué podría hacer, o de qué manera podría llevarse a cabo el juicio, y es pura presunción hacer sugerencias sobre un tema así. Debemos aceptar lo que se revela. Los hechos que se presentan en el juicio no son solo para uso de Dios. Los ángeles y los hombres deben ver y saber que sus juicios son justos. El Señor no elige gobernar arbitrariamente, sino que quiere que todos vean la rectitud de sus caminos. Por lo tanto, el registro de la vida de los hombres debe ser expuesto a la vista de todos. Los motivos del corazón, los pecados cometidos en secreto, desconocidos para todos excepto para Dios y sus ángeles siempre vigilantes, serán revelados. Los salvos verán que sus amigos perdidos son justamente condenados. Y así todos se unirán para decir: «Verdaderos y justos son sus juicios» (Ap. 19:2).

Además, los santos juzgarán al mundo. «¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? [...] ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?» (1 Cor. 6:2, 3). Véase también Ap. 20:4. Los santos no solo juzgarán al mundo —al mundo impío—, sino también a los ángeles caídos. Pero ellos solo pueden conocer las acciones del mundo impío y de los ángeles caídos por las cosas que están escritas. Por sí mismos no tienen el conocimiento de esas acciones necesario para juzgar fiel

y justamente. Así se ve que los libros de registro son principalmente para uso de los hombres.

Que existen tales libros guardados, lo mostraremos ahora. «Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó. Y fue escrito un libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová, y para los que se acuerdan de su nombre» (Mal. 3:16). Esta es la manera en que todas nuestras acciones y palabras se mantienen en memoria; están escritas en libros. Contra los obradores de iniquidad, el salmista oró: «Sean borrados del libro de los vivientes, y no sean escritos con los justos» (Sal. 69:28). Moisés, en una ferviente oración a Dios, habló del mismo libro: «Te ruego que perdones ahora su pecado; y si no, bórrame ahora de tu libro que has escrito» (Éx. 32:32). El Señor lleva un registro de todo su pueblo. «Y de Sion se dirá: Este y aquel han nacido en ella, y el Altísimo mismo la establecerá. Jehová contará al inscribir a los pueblos: Este nació allí» (Sal. 87:5, 6). Daniel, al describir la escena de gloria en la apertura del juicio, dijo: «El Juez se sentó, y los libros fueron abiertos» (Dan. 7:10).

Lo que estos libros tienen que ver con el juicio podemos aprenderlo más plenamente en el libro del Apocalipsis: «Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se halló para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y los muertos fueron juzgados por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras» (Ap. 20:11, 12). En el día del juicio se abrirán los libros en los que están registradas las obras de los hombres, y serán juzgados y recompensados según las cosas que se encuentren escritas en ellos.

Se ha demostrado por las Escrituras que los ángeles están siempre presentes con los hombres; que ministran al pueblo de Dios y los libran del mal. Ellos contemplan todas las acciones de los hombres; oyen cada palabra ociosa que se pronuncia. Toman nota de todo lo que vendrá a juicio. La conclusión es natural, y parece casi inevitable, que los ángeles hacen el registro de estas cosas; que los libros de la acción humana son escritos por ellos.

¡Qué solemne verdad es que nunca estamos solos, sino que los santos ángeles están siempre con nosotros; que contemplan cada acto, oyen cada palabra y notan cada pensamiento, ya sea necio, malvado o vulgar! ¡Con qué cuidado, entonces, deberíamos guardar nuestras vidas, tanto en palabra como en obra! ¡Qué cuidadosos debemos ser de no afligir a esos santos mensajeros de Dios con acciones viles o conversaciones sucias! ¡Qué cuentas tan terribles llevarán al juicio desde este mundo apóstata y malvado! Estimado lector, ¿qué informe lleva su ángel acompañante al cielo cada día? ¿Qué será el de este día? ¿Será un registro de oraciones fervientes a Dios pidiendo el perdón de los pecados y la fuerza para hacer su voluntad? ¿O será un registro de ligereza, de necedad, de pecado? Recuerde que cada día está creando una página en el registro de su vida para el juicio. Tendrá que ser enfrentado en ese día, pensamiento por pensamiento, palabra por palabra, obra por obra; todos estamos dejando marcas que nunca podrán ser borradas, excepto por la maravillosa sangre limpiadora de Jesús. Pero que nadie reproche su gracia añadiendo pecado sobre pecado. Véase Rom. 6:12; Gá. 2:17. Con temor y temblor podemos decir con el poeta:

«¿Y he de ser llevado a juicio,
Y responder en aquel día
Por cada pensamiento vano y ocioso,
Y cada palabra que digo?
¡Cuán cuidadoso, entonces, debo vivir,
Con qué religioso temor,
Yo, que debo rendir cuenta estricta
De mi comportamiento aquí!»

13. Los ángeles reunirán a los santos

Cuando Jesús haya terminado Su obra como Sacerdote y Mediador, vendrá a tomar a Su pueblo para Sí, y todos los santos ángeles vendrán con Él. «Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria» (Mateo 25:31). Véase también, 2 Tes. 1:7. Por mucho tiempo y con celo han trabajado juntos Jesús y los ángeles para la salvación de los hombres. Ahora cosecharán el fruto de sus trabajos; los ángeles compartirán el gozo de su Señor; serán testigos y participarán en el triunfo de los redimidos. De ese triunfo dice Pablo: «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tes. 4:16, 17). Por qué medios son arrebatados para encontrarse con el Señor, Jesús mismo nos informa: «Y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro» (Mateo 24:30, 31).

Cuando el Arcángel en medio del cielo suene la trompeta de Dios, la tierra temblará, las tumbas se abrirán y los santos durmientes se levantarán, vestidos de inmortalidad. El mismo ángel que había velado por ese humilde santo durante su vida, y había marcado su lugar de reposo final, ahora se para junto a su tumba; y, a medida que el hijo de Dios se levanta de su lecho polvoriento, lo abraza y lo lleva en triunfo a su Señor común. ¡Oh, escena gloriosa! ¡Victoria para los santos! ¡Triunfo gozoso para el Hijo de Dios! Y los ángeles comparten la gloria y el gozo. Han desempeñado un papel importante en la obra de redención, y se regocijan en su éxito final.

Ahora el Señor Jesús, el Rey de Gloria, asciende con todos los santos, escoltado por las huestes de ángeles, a la Jerusalén celestial. «Ante la multitud redimida está la santa ciudad. Jesús abre de par en par las puertas de perlas, y las naciones que han guardado la verdad entran. Allí contemplan el paraíso de Dios, el hogar de

Adán en su inocencia». ¡Qué tiempo glorioso, cuando toda la familia celestial se reúna en la casa del Padre, para habitar las muchas mansiones que Jesús fue a preparar para ellos! Los justos, los buenos, los puros, estarán allí; los santos, los profetas y los santos mártires estarán allí; los ángeles resplandecientes estarán allí; y «Jesús mismo estará allí».

Querido lector, ¿estaremos usted y yo allí? ¿Pertenece a esta familia celestial? ¿Y haremos, dando toda diligencia, nuestra vocación y elección seguras? ¿Aseguraremos de hecho la vida eterna, mediante la perseverancia paciente en el bien hacer? Que Dios, en Su infinita misericordia, nos conceda la gracia de asegurar un interés en la preciosa sangre de Cristo, para que podamos ser limpiados y purificados, y, por los méritos de nuestro adorable Redentor, seamos presentados sin tacha ante el trono de Dios.

**PARTE DOS — ALGUNAS PISTAS SOBRE EL
ORIGEN Y DESTINO DE SATÁN SEGÚN SE
OBTIENEN DE LA ESCRITURA**

1. El diablo, un ser real

Se cuenta de un ladrón notorio que, cuando intentaba cometer una gran depredación, contrataba hombres para que informaran que había muerto. Esto hacía que la gente bajara la guardia, aliviando sus temores. Pensando que no había peligro, dejaban sus propiedades expuestas. Entonces el ladrón los sorprendía desprevenidos y saqueaba sus bienes sin resistencia. De esta manera, Satanás ha engañado con gran éxito al mundo y ha atraído a la gente a sus trampas. Los ha convencido de negar que exista tal ser; y esta astucia ha resultado tan exitosa que comparativamente pocos creen en la existencia de un *diablo real, vivo y personal*, mientras que millones insisten en que es imposible que exista tal personaje. Y muchos de ellos se encuentran incluso entre los que profesan creer en la Biblia. Cuando no creen en la existencia de este enemigo astuto y malicioso, dejan de vigilar y protegerse contra sus engaños y su poder, y así se convierten fácilmente en su presa. Dijo la piadosa mujer Charlotte Elizabeth:

De todos los errores en los que ha caído el mundo, ninguno es más fatalmente pernicioso que el hábito de pasar por alto la personalidad, la energía, el poder, la vigilancia y la profunda astucia del diablo.

Por un sistema convencional, sin duda sugerido por él mismo, nunca se le debe nombrar sino en el acto de adorar a Dios, o en el de la instrucción espiritual. Cualquier otro ladrón o asesino que se supiera que estaba al acecho para atacar nuestras casas, sería objeto de libre discusión; sus hábitos, sus guaridas, sus planes habituales, sus asaltos exitosos y sus ataques frustrados en casos anteriores, serían comentados, y así se mantendría vivo un temor saludable que nos impulsaría a cerrar con cerrojos y barras, y a vigilar y custodiar con vigor inquebrantable, para evitar una sorpresa. Pero Satanás parece ser una persona privilegiada; en la guardería aprendemos a imaginarlo como una horrible caricatura de la naturaleza humana, con cuernos, pezuñas y cola, inspirando disgusto y miedo infantil, que desaparece a medida que avanzamos en la juventud, dejando una impresión más ridícula que alarmante de ese feo fantasma que, sin embargo, sigue identificado con aquel de quien leemos en la Biblia.

No nos damos cuenta de su existencia, su presencia, sus artimañas; y así a menudo hacemos su trabajo por pura ignorancia o una imperdonable irreflexión al respecto. Parece considerarse una impropiedad manifiesta nombrarlo excepto con la más estudiada circunlocución, como si tuviéramos miedo de tratarlo irreverentemente; y aquel a quien rara vez se nombra no será a menudo recordado. Ciertamente, es de gran ayuda para él en sus innumerables artimañas el ser mantenido tan fuera de la vista. Somos propensos a hablar, a pensar, a actuar, como si solo tuviéramos que luchar contra nuestras propias naturalezas malignas, incluyendo, quizás, una especie de admisión general de que algo está obrando para ayudar a la causa de la rebelión.

Todo esto lo creemos firmemente. Ha sido el plan estudiado de Satanás crear una incredulidad en su existencia, y, donde no pudo hacerlo, distorsionar de tal manera nuestras ideas sobre él que las hizo completamente falsas, manteniendo así su verdadero carácter oculto. Es una característica prominente del Espiritismo negar la existencia de un diablo. Y los Universalistas, así como los Espiritistas, dicen que es inconsistente con el poder y la bondad de Dios que exista un diablo. Miles de personas, por falta de información adecuada sobre este punto, son así atrapadas en esta, su propia gran decepción. Si se puede probar por revelación y razón que no es inconsistente con el poder y la bondad de Dios que tal ser exista, y que en realidad hay un diablo vivo y personal, estos sistemas erróneos serán despojados de su arma más fuerte, y una de las mayores decepciones de la época quedará al descubierto.

Los diversos términos, Satanás, Apolión, Diábolo o diablo, se encuentran frecuentemente en las Escrituras, y se usan de tal manera en la palabra inspirada que los maestros del error a menudo se ven en el mayor aprieto para dar una explicación de ellos. Chadwick, en su "Diccionario del Nuevo Testamento", dice:

Algunos han negado la personalidad del diablo, y hablan de él como un mero mal negativo, o como una disposición maligna solamente. Si las propiedades y acciones personales reales pueden determinar la personalidad de un ser, el diablo debe ser una persona real de vasto poder físico y de una terrible malignidad de temperamento.

Todo el registro de la tentación del Salvador nos lleva inevitablemente a concluir que Satanás estuvo allí, tan literal y personalmente como lo estuvo el Hijo de Dios. Aquel que venció a Adán y Eva en el jardín del Edén, se propuso vencer al segundo Adán mediante tentaciones similares. En el Edén les ofreció la perspectiva de un bien mayor, de un disfrute más elevado, de una posición más exaltada, de lo que su amoroso Creador les había concedido. Ellos tomaron imprudentemente aquello que parecía ser *bueno para comer*, como un medio para obtener otros beneficios, aunque no tenían ninguna necesidad de ello. En el caso del segundo Adán, Satanás tentó su apetito cuando estaba en gran necesidad, y le ofreció también posición, poder y gloria. Del registro de la creación y de la tentación de Cristo, del hecho de que Jesucristo, el Hijo de Dios, realmente se encarnó y habitó en la tierra, murió y resucitó de entre los muertos, y ascendió a lo alto; en una palabra, de la Biblia entera como un libro de verdad y de realidades solemnes, y no de meras fantasías, entonces nos vemos forzados a la conclusión de que el diablo es un ser real, poseedor de poder, astucia, malicia, odio a Dios y a todo lo que es bueno. Se nos advierte contra su poder y sus engaños, se nos exhorta a resistirle, con la seguridad de que huirá de nosotros si le resistimos *firmes en la fe*.

2. Origen de Satanás

Cuando hablamos del diablo como un ser real y personal, surge inmediatamente la pregunta: ¿De dónde vino? ¿Lo creó Dios? ¿O cómo llegó a existir? Muchos tropiezan en este punto y, por argumentos especiosos o plausibles, son llevados a negar las enseñanzas de la Biblia sobre este tema. Así dijo un autor erudito:

«Concibo que la existencia de un diablo es irreconciliable con toda bondad y omnipotencia; y que, si un diablo fuera creado por Dios, el Creador sería responsable de todos los actos de este ser así creado. Evidentemente, el diablo no podría ser otra cosa que lo que el Creador lo hiciera, y no podría hacer nada que la presciencia no pudiera prever. Los actos del diablo serían, por lo tanto, indirectamente los de su Hacedor».

A esto, el lector de la Biblia puede responder fácilmente que Dios nunca creó un diablo. Pero entonces surge la pregunta: Viendo que Dios es el Creador de todas las cosas, ¿cómo es posible que el diablo exista si Dios no lo creó? Pero esta pregunta se basa en la suposición de que todas las cosas están ahora en la condición en que Dios las creó, lo cual no es el caso. «Dios hizo al hombre recto, pero ellos han buscado muchas invenciones» (Eclesiastés 7:29). Dios nunca creó un hombre inicuo, sin embargo, los hombres inicuos existen. Dios nunca creó un asesino ni un adúltero; ¿negaremos, por lo tanto, la existencia de asesinos y adúlteros? Con la misma razón podríamos negar su existencia como negar la existencia del diablo, porque Dios nunca creó un diablo. El argumento se aplica con igual fuerza en ambos casos. Dios creó al hombre «*muy bueno*», pero él corrompió su camino y se convirtió en pecador. Y así también con el diablo. Dios lo creó como un ángel, pero él se rebeló y se convirtió, o se hizo a sí mismo, un diablo.

Antes de proceder a las declaraciones directas de la Biblia sobre el tema, algunos hechos de las Escrituras pueden presentarse al lector para preparar su mente para una mejor comprensión de toda la cuestión. En el santuario terrenal o típico, el símbolo de la presencia de Dios estaba entre los dos querubines, cuyas alas cubrían el propiciatorio. «El símbolo de la presencia de Dios estaba entre los

dos querubines, cuyas alas cubrían el propiciatorio» (Éxodo 25:22). Así, en el templo celestial, Dios habita entre los dos querubines cubridores. «El Señor reina; tiemblen los pueblos; Él está sentado entre los querubines; muévase la tierra». «Escucha, oh Pastor de Israel; Tú que guías a José como a un rebaño; Tú que habitas entre los querubines, resplandece». «Oh Señor de los ejércitos, Dios de Israel, que habitas entre los querubines, Tú eres el Dios, solo Tú, de todos los reinos de la tierra; Tú hiciste los cielos y la tierra» (Salmos 99:1; 80:1; Isaías 37:16). Este testimonio muestra que la morada de Dios está entre los querubines.

Ezequiel da una extensa descripción de estos querubines en los capítulos 1 y 10, y en conclusión dice: «Esta es la criatura viviente que vi debajo del Dios de Israel junto al río Quebar; y supe que eran los querubines» (Ezequiel 10:20). Zacarías se refiere a lo mismo cuando dice: «Estos son los dos ungidos, que están delante del Señor de toda la tierra» (Zacarías 4:14).

El trono de Dios está en su santo templo (Apocalipsis 7:15). Este templo está en el cielo (Apocalipsis 11:19). Hay una ciudad en el cielo llamada la Nueva Jerusalén. Dijo Pablo: «Pero la Jerusalén de arriba es libre, la cual es la madre de todos nosotros» (Gálatas 4:26). Leemos mucho en la Biblia acerca del «*santo monte de Dios*», el «*collado de Sion*», «*el monte Sion*», etc. Que esto no siempre se refiere al Monte Sion terrenal es evidente por las Escrituras. «Sino que os habéis acercado al monte Sion, a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial» (Hebreos 12:22). Joel dice: «Jehová también rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén; y temblarán los cielos y la tierra» (Joel 3:16). Pablo también dice que el estremecimiento del cielo y la tierra por la voz de Dios ocurre cuando Él habla desde el cielo (Hebreos 12:25, 26). Y así queda plenamente probado que el Monte Sion y la Nueva Jerusalén, así como el templo y el trono de Dios, están en el cielo.

A continuación, llamamos la atención del lector a una breve descripción de esta ciudad, tal como se encuentra en Apocalipsis 21:10-21:

«Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad, la santa Jerusalén, que descendía del cielo de Dios, teniendo la gloria de Dios; y su luz era semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como

el cristal; y tenía un muro grande y alto con doce puertas; y en las puertas, doce ángeles».

Ahora, fíjense en los nombres de las piedras preciosas que forman la muralla de la ciudad.

«Y el material del muro era de jaspe; mas la ciudad era de oro puro, semejante al vidrio limpio. Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer fundamento era jaspe; el segundo, zafiro; el tercero, calcedonia; el cuarto, esmeralda; el quinto, sardónice; el sexto, sardio; el séptimo, crisólito; el octavo, berilo; el noveno, topacio; el décimo, crisoprasso; el undécimo, jacinto; el duodécimo, amatista. Y las doce puertas eran doce perlas; cada una de las puertas era una perla; y la calle de la ciudad era de oro puro, transparente como vidrio» (Apocalipsis 21:10-21).

Algunas de estas gemas preciosas brillarían como fuego, y algunas emitirían luz por sí mismas. En esta ciudad celestial están el árbol de la vida y el río del agua de la vida, que están en el paraíso de Dios (Apocalipsis 2:7; 22:1-3; Génesis 2:8-17).

El lector no puede dejar de apreciar ahora el testimonio de Ezequiel 28, como sigue:

«Hijo de hombre, levanta lamentación sobre el rey de Tiro, y dile: Así ha dicho Jehová el Señor: Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y acabado de hermosura. En Edén, en el huerto de Dios estuviste; toda piedra preciosa fue tu cubierta: el sardio, topacio, diamante, berilo, ónice, jaspe, zafiro, esmeralda y carbunclo; y de oro; los primores de tus tamboriles y flautas estuvieron preparados para ti en el día de tu creación. Tú, querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios; allí estuviste; en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad. A causa de la multitud de tus contrataciones fuiste lleno de iniquidad, y pecaste; por lo que yo te eché del monte de Dios como profano, y te destruí, oh querubín protector, de en medio de las piedras del fuego» (Ezequiel 28:12-16).

Fíjense en el carácter de la persona aquí descrita. «*Lleno de sabiduría y acabado de hermosura*». De nuevo, «*En Edén, en el huerto de Dios estuviste*». Sea que esto se refiera al Edén sobre la tierra o en el cielo, ningún mortal ha estado en él excepto Adán y Eva; pero este personaje ha estado allí; de ahí que la persona de la que se habla aquí no es un hombre.

Pero leemos que la serpiente, que también es llamada el diablo y Satanás (Apocalipsis 12:9), estaba en el huerto del Edén cuando Adán y Eva estaban allí (Génesis 3:1-6). La continuación mostrará que el Edén aquí referido está en la ciudad de Dios arriba. El Señor dice: «*Toda piedra preciosa fue tu cubierta: el sardio, topacio, diamante, berilo, ónice, jaspe, zafiro, esmeralda, carbunclo, y de oro*». Vea de nuevo la lista dada en Apocalipsis 21.

Esto muestra que el personaje presentado en Ezequiel 28 ha estado en esa ciudad. El Señor le dice: «*En medio de las piedras de fuego te paseabas*». Como se dijo antes, muchas de estas piedras en la ciudad santa emiten luz por sí mismas, y por lo tanto podrían ser llamadas apropiadamente piedras de fuego. Una es descrita así por el Dr. Clarke: «El carbunclo es una gema muy elegante, de un color rojo oscuro, con una mezcla de escarlata; por su color brillante y vivo recibió el nombre de *carbunculus*, que significa una pequeña brasa». «*En el santo monte de Dios estuviste*». «*En medio de las piedras de fuego te paseabas*». Esto debió haber sido en la Jerusalén celestial, donde Dios mismo habita. Mientras que el huerto de Dios podría aplicarse al huerto del Edén, esta descripción de la ornamentación de la ciudad solo puede aplicarse al cielo mismo, porque la ciudad nunca ha estado todavía sobre la tierra.

No se podría decir que el rey pagano y malvado de la ciudad de Tiro, el gobernante humano, fuera perfecto en sus caminos, sellando la suma, lleno de sabiduría y belleza. Aquí se habla de un ser más exaltado que cualquier mero hombre.

La pregunta que surge naturalmente es: Si Satanás estuvo una vez en el cielo, ¿qué posición ocupaba allí? Lo que sigue en la Escritura responderá a esta pregunta, y excluirá por completo la posibilidad de aplicarlo a cualquier ser inferior

a un ángel: «Tú, querubín grande, protector, yo te puse» (Ezequiel 28:14). Evidentemente, esta es una referencia a uno de los ángeles poderosos, también llamados querubines, que cubren el trono de Dios; porque hemos visto que Dios habita entre los querubines. Entonces es muy claro qué posición ocupó una vez la persona llamada el rey de Tiro. Él era un ángel protector del trono de Dios en el cielo. Dios lo creó para desempeñar ese cargo, porque dice: «yo te puse». Esta era su posición, su oficio. Esto, ciertamente, no es cierto de ningún hombre que haya vivido jamás. Por lo tanto, debemos estar en lo correcto al aplicarlo a algún ser superior.

Con respecto a este notable personaje puesto de manifiesto en Ezequiel 28, hemos aprendido los siguientes hechos: 1. Estuvo en Edén, el huerto de Dios. 2. Las piedras preciosas que componen la muralla de la Jerusalén celestial eran su cubierta. 3. Estuvo sobre el santo monte de Dios. 4. Se paseaba en medio de las piedras de fuego, es decir, caminaba por las calles de la ciudad de Dios. 5. Era perfecto en sus caminos. 6. Estaba lleno de sabiduría. 7. Era perfecto en belleza. 8. Era el querubín protector ungido, y Dios lo creó así. 9. Su corazón se enaltecía a causa de su hermosura. 10. Pecó. 11. Será expulsado y destruido. Aplicamos esto a Satanás, creyendo que ninguna otra aplicación puede hacerse que armonice la Escritura en todos los puntos.

De esta persona, a quien se dirige como el rey de Tiro, el Dr. Charles Beecher dice:

«En este discurso al rey de Tiro hay varias expresiones demasiado elevadas para un soberano meramente mortal. De ahí que haya prevalecido extensamente la impresión de que el Espíritu Santo consideraba al rey de Tiro como una especie de imagen o símbolo de Satanás, y al dirigirse a él pronunció cosas que trascendían el emblema y se aplicaban directamente a la realidad. Tal fue la visión de Agustín, Jerónimo, Tertuliano, Ambrosio y otros padres primitivos. De hecho, Fairbairn observa: 'La mayoría de los primeros comentaristas han supuesto que los versículos 12-14 no se usaban propiamente del rey de Tiro, sino místicamente de Satanás'». —*Redeemer and Redeemed*, p. 75.

«El querubín es el más exaltado de todos los emblemas conocidos, el más cercano al trono de Jehová, el más vívidamente conectado con Su Majestad e identificado con Su administración. Que tal fue la elevada posición originalmente ocupada por Lucifer, puede considerarse la creencia establecida. El Presidente Edwards observa: 'Lucifer, antes de su caída, era la estrella de la mañana, el querubín protector, la más brillante y más alta de todas las criaturas'. El Dr. Hopkins habla de él como uno 'que era la cabeza de todos los ángeles, y la criatura más noble que Dios había hecho'. Y el Dr. Dwight lo llama 'un ángel de preeminente distinción en el cielo'». —*Ib.*, p. 81.

Muchos han preguntado por qué se dirige a Satanás como el rey de Tiro. En la primera parte de Ezequiel 28, el príncipe de Tiro es abordado de una manera que muestra que se refiere al monarca reinante; a él se le dice: «*Con todo, hombre eres*», y «*Morirás de muerte de incircuncisos por mano de extranjeros*». Toda la descripción muestra que era una persona autoexaltada y altiva. Tiro era una ciudad poderosa, rica e influyente como centro de comercio, y tan malvada como rica. El gobernante de Tiro era meramente un instrumento en manos de Satanás para hacer su voluntad. Por lo tanto, Satanás era el verdadero gobernante, verdaderamente el rey de Tiro, y el rey reconocido era solo un príncipe bajo su dominio. De manera similar, el imperio de Roma está representado en Apocalipsis 12 como un gran dragón rojo, pero en el capítulo 20:2 el diablo es llamado el dragón antiguo. En el momento de la profecía, Roma se había convertido en la sede del imperio terrenal. Malvada, cruel e implacable en sus persecuciones contra el pueblo de Dios, su relación con Satanás no es difícil de rastrear. Satanás era entonces el rey de Roma, como lo había sido el rey de Tiro cuando esta era la señora entre las naciones.

De nuevo, en Isaías 14:12-14, por la razón aquí dada, se le habla a Satanás en un discurso dirigido al rey de Babilonia: «¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! [Margen: "estrella del día"] ¡Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones! Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte de la congregación me sentaré, en los extremos del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré

semejante al Altísimo» (Isaías 14:12-14). ¿Quién es este que ha caído del cielo? Jesús usa las mismas palabras en Lucas 10:18: «Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo» (Lucas 10:18). Isaías dice: «*¿Cómo caíste del cielo, oh Lucero!*» Es evidente que ambos se refieren a la misma persona. Esa persona Jesús la llama Satanás.

Esta, entonces, fue la condición original de Satanás, esta la posición exaltada que una vez ocupó, alta y gloriosa, cerca del trono de Dios. El Señor lo creó y lo colocó allí. Era sabio, hermoso, santo y feliz. ¡Ay, que el pecado entrara para destruir tal carácter! ¡Ay, que la rebelión manchara un universo tan hermoso! Pero así fue. Incluso mientras contemplamos esta imagen, la escena cambia, ¡oh, cuánto cambia! Malos pensamientos anidan en la mente de Lucero. Una oscura nube se está formando. Se escuchan susurros de descontento, se habla de insubordinación, hasta que por fin, ¡oh día lamentable! la rebelión, oscura, profunda, malvada rebelión, estalla sobre los asombrados habitantes del cielo.

Y desde el día en que la iniquidad entró en su corazón, y se opuso a Dios, no ha dejado ningún engaño sin intentar para llevar a otros a seguirlo en el camino de la rebelión. Nadie ha estado libre de sus ataques, nadie tan exaltado en posición, nadie tan sabio y dotado, que Satanás no haya intentado desviar. Cuán necesaria la exhortación del Salvador, a *velar y orar para no entrar en tentación*. Cuán oportuna la admonición del siervo de Dios: «El que piensa estar firme, mire que no caiga».

3. El Diablo y Sus Ángeles

Propiamente hablando, hay un solo diablo, aunque algunas traducciones de las Escrituras harían parecer que hay muchos. Este nombre proviene del griego, *Diabolos*. La LXX., los traductores del Antiguo Testamento al griego, usaron uniformemente *Diabolos* para el nombre hebreo, *Satanás*. Significa adversario. De *Diabolus*, Liddell y Scott dan la definición: "el calumniador, el diablo". Schrevelius lo define como: "un calumniador, el diablo, Satanás". En Apocalipsis 12:9, 10, «aquella serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás», también se le llama el «acusador de nuestros hermanos». Satanás fue el adversario y acusador, o calumniador, de Job. Véase Job 1. Y como la serpiente, acusó falsamente a Dios de retener beneficios de Adán y Eva a los que tenían derecho, con lo cual los engañó para su ruina. Génesis 3:1-6. Bien dijo el Salvador del diablo: «Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él». Juan 8:44.

Se ha demostrado que Satanás, también llamado Lucifer, fue una vez un ser muy exaltado en el cielo, uno de los querubines, cuyo lugar estaba en el trono mismo del Altísimo. Cuando se rebeló y cayó, no lo hizo solo. Llevó a otros con él en su rebelión, y con él fueron arrojados del cielo. Así dice Pedro: «Si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno y los entregó a cadenas de oscuridad, para ser reservados para el juicio», etc. 2 Pedro 2:4. Y Judas dice: «Y a los ángeles que no guardaron su primer estado, sino que abandonaron su propia morada, él los ha reservado en cadenas eternas bajo oscuridad para el juicio del gran día». Judas 6. Del juicio de estos caídos, Pablo habla así: «¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles?» 1 Corintios 6:3. Los santos juzgarán al mundo —el mundo impío— y los ángeles caídos, los demonios o espíritus malignos que han sido los instigadores del pecado en el mundo, serán juzgados al mismo tiempo y por los mismos jueces.

Pero Satanás fue el principal, el líder de los rebeldes. Él originó la guerra contra el gobierno de Dios. Él era superior en rango y más poderoso que ellos, y fue por su sabiduría e influencia superiores que apartó a tantos de su lealtad al Altísimo.

Y, por lo tanto, se le dan nombres y títulos que nunca se les dan a ellos. Mientras que a ellos se les llama uniformemente demonios (en el Nuevo Testamento), a él se le llama el diablo, Satanás, Apollyon, Diabolus, etc. Debido a que él es su líder y ellos se han entregado a seguirle en sus obras de maldad, nuestro Salvador habla de ellos juntos, como el diablo y sus ángeles. Mateo 25:41. Lo mismo se encuentra en Apocalipsis 12:7-9: «Y hubo guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón; y el dragón y sus ángeles lucharon». «Fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él». Esto identifica al dragón como Satanás. En Mateo 9:34 se le llama el «príncipe de los demonios»; en Efesios 2:2, el «príncipe de la potestad del aire»; y en 2 Corintios 4:4, «el dios de este siglo». Jesús también se refiere a él como «el príncipe de este mundo».

Cierto escritor ha dicho acertadamente: «*Daimon*, en el Nuevo Testamento, siempre significa un espíritu maligno, que está bajo el control de Satanás, un demonio. La palabra *Satanás* significa un adversario, un oponente; nunca se encuentra en plural, de modo que los escritores sagrados reconocen un solo ser con ese nombre». Pero los demonios son muchos, incluso legiones. Véase Lucas 8:26-30. Estos son los siervos de Satanás, sus emisarios para llevar a cabo su obra en todas partes del mundo. Contra todos ellos Pablo nos advierte, como sigue: «Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes». Efesios 6:11, 12. No contra los gobernantes de este mundo, sino contra los gobernantes de las tinieblas de este mundo.

Estamos acostumbrados a subestimar la majestad y el poder de Satanás y sus ángeles, haciéndolos semejantes a nosotros mismos, o incluso inferiores. Esto es un error. Naturalmente, sentimos asombro ante los hombres poderosos de la tierra, como un gran rey o un guerrero poderoso, pero ¿qué son ellos comparados con el diablo y sus ángeles? Estos son los enemigos con los que tenemos que contender; por lo tanto, debemos conocer su carácter y así estar mejor preparados para resistirlos.

Pero, por muy poderosos que sean, los ángeles que permanecieron fieles a Dios tienen todo el poder del cielo de su lado. El salmista dice que estos «ángeles sobresalen en fuerza». Salmos 103:20. Son nuestros ayudantes, nuestros defensores contra los poderes de la oscuridad. Si confiamos en Dios y somos fieles a la confianza que él nos ha encomendado, no necesitamos temer. Porque dice Pablo: «Estoy persuadido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús». Romanos 8:38, 39.

4. Por qué se permitió que existiera

La pregunta ha surgido en muchas mentes: ¿Por qué permite Dios que Satanás exista? Dios es todopoderoso; Él puede destruir a Satanás; ¿por qué, entonces, le permite seguir ejerciendo tanto poder para el mal?

Para cualquiera que haya considerado cuidadosamente este tema, estas preguntas no presentan dificultad alguna, aunque implican toda la cuestión de la existencia del mal en cualquier forma. Si negamos la existencia del diablo, no podemos negar la existencia del mal. Si hubiera alguna dificultad, esta aparecería con respecto a la existencia de cualquier mal, no solo con el mal mayor.

En cuanto a la cuestión de la posibilidad o imposibilidad de que el mal entre en un reino bien ordenado y sabiamente gobernado, un hecho nos sale al encuentro a cada paso, en lo que respecta al universo, y es que el mal ha entrado. Es inútil teorizar contra un hecho tan evidente como este. Podemos intentar ignorar su existencia, pero no intentará permanecer oculto. Estamos obligados a reconocer su existencia, y sabemos que todo lo que existe es posible. Tenemos que tratar con hechos, no con meras especulaciones.

Realmente no hay más dificultad en admitir la existencia de un diablo que en admitir la existencia de aquellas cualidades en otros que conforman el carácter de un diablo. El mal en un hombre que fue creado muy bueno es tan incomprensible como en un ángel. En cualquier caso, es la perversión de cualidades naturalmente buenas. También vemos en este mundo que la sabiduría, el conocimiento y las grandes oportunidades no son salvaguardias contra el mal hacer. Muchos de los hombres más capaces del mundo, de los intelectos más brillantes y de las mayores oportunidades, son muy malvados. Y todos saben que cuanto más sabio y fuerte es un hombre, mayor es su poder para hacer el mal, si su corazón está dispuesto a hacerlo. De la misma manera, deberíamos concluir que si los ángeles pecan, serán capaces de hacer más mal que el hombre, porque son un orden superior de seres; poseen mayor inteligencia y poder. Aun así, si el *querubín protector*, un ser creado lleno de sabiduría y perfecto en belleza, dispone su corazón a hacer el mal, su poder, su sabiduría, su belleza, todo se combina para darle influencia sobre los

demás y permitirle convertirse en el mayor pecador de todos. No es sorprendente que tal ser, habiendo caído, se haya ganado los títulos de Satanás, Apolión y diablo, o Diabolus.

Cómo cayó Satanás se nos informa claramente en las Escrituras. Se enorgulleció de su sabiduría y belleza, y ambicionó una mayor exaltación. Esto lo llevó a la rebelión contra los designios de Dios. Aspiró a ser «*como el Altísimo*», donde no reconocería superior alguno —quizás solo el Altísimo exceptuado. Dios había declarado que todos los ángeles debían adorar a Su Hijo (Hebreos 1:6), y esto, para el corazón orgulloso de Lucifer, era demasiado humillante. Pero si se pregunta: ¿Por qué se rebeló así contra los designios de Dios, quien ya le había conferido tanto honor y gloria? Respondemos fácilmente: No hubo razón. El pecado es algo sin causa, inexplicable. Su propio ser, su sabiduría y belleza, su posición exaltada y su capacidad de goce, todo era evidencia de la bondad y el amor de su Creador; y todo debe coincidir con nuestra respuesta: No hubo razón para que se levantara en rebelión y así arriesgara la pérdida de todo. El pecado en todas sus formas es irrazonable. No hay razón para que nadie peque. Sobre este tema, el Dr. Charles Beecher tiene algunas observaciones muy sensatas. Él dice:—

«Si tal era la condición original del universo, surge la pregunta de cómo pudo entrar el pecado. Algunas mentes han sentido la dificultad en este punto tan fuertemente que han rechazado el relato bíblico del asunto y han negado la existencia de tal estado sin pecado del universo. Pero la respuesta a la pregunta es simple. El pecado es, por su propia naturaleza, anómalo y, por lo tanto, misterioso; es, por su propia naturaleza, algo inexplicable; porque, en el momento en que admitimos que está debidamente explicado, es decir, en el momento en que le hemos asignado una causa buena y suficiente, en ese momento deja de ser pecado. Una causa buena y suficiente es una excusa buena y suficiente; y aquello que tiene una excusa buena y suficiente no es pecado. Explicar el pecado, por lo tanto, es defenderlo; y defenderlo es certificar que no existe. Por lo tanto, la objeción de que es inconcebible e inexplicable que el pecado entrara en un universo tan perfecto, no significa otra cosa sino que el pecado es extremadamente pecaminoso, inexcusable y desprovisto de la menor defensa o justificación. El pecado es una

violación de toda ley, un apartamiento de toda naturaleza original, algo esencialmente ilegal, anómalo y misterioso. Podemos identificar el hecho de su existencia, podemos describir la manera, podemos descubrir la ocasión, pero la causa, la causa buena y suficiente, Dios mismo y el tribunal demostrarán que no puede ser mostrada, porque no existe.»—*Redeemer and Redeemed*, pp. 82, 83.

Que Satanás albergara malos pensamientos, fuera tentado y cayera, no significa que Dios lo creara con una inclinación al mal. La Biblia contradice tal idea, pues el Señor dice de él: «*Fuiste perfecto en tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad.*»

Todas las criaturas inteligentes, capaces de razonar sobre el bien y el mal, son agentes morales. Es imposible que Dios confiera un carácter moral a cualquiera de Sus criaturas. Él las crea perfectas, las dota de plena capacidad para hacer Su voluntad, para andar en el camino de la justicia, pero no puede obligarlas a hacer el bien de tal manera que destruya su poder de elección; porque privarlas de la elección sería destruir la cualidad moral de sus acciones. Privadas de elección, serían meras máquinas pasivas, y las máquinas no pueden desarrollar carácter. Todos reconocen la fuerza de este razonamiento en cuanto a los hombres, pero es igualmente aplicable a los ángeles y a todas las inteligencias creadas.

Si el mundo actual y la vida presente fueran las finalidades de la existencia del hombre, entonces habría dificultades inherentes a este tema que no existen. Los ángeles y los hombres fueron dotados de capacidades para querer y razonar; sus acciones tienen cualidades morales, y tienen responsabilidades correspondientes a estos poderes. Solo ellos pueden formar su carácter, y deben asumir la responsabilidad de sus acciones. El hecho, grande y de infinita importancia, se revela claramente: «Dios traerá toda obra a juicio.» (Eclesiastés 12:14). El día del juicio aclarará muchas cosas que han parecido misteriosas en este mundo.

Algunos han asumido la posición tan peligrosa de que Dios es el autor del mal; que el mal es una contraparte necesaria del bien positivo, por la cual solo el bien se hace aparecer como bueno. El día del juicio corregirá esta falacia. Dios puede ser justo y bueno, con los resultados del juicio en mente, y permitir temporalmente

que el mal exista; pero sería imposible establecer una defensa si Él originara el mal moral o lo perpetuara, si le diera un establecimiento eterno en una creación que no incluyera ningún mal. El pecado es un intruso; no tiene derechos; no tiene derecho a favor; no tiene derecho a existir.

Puede decirse que hay una diferencia entre el caso de Satanás y el del hombre. Satanás y sus ángeles tenían todos los gozos del cielo en su posesión; tuvieron una gran experiencia, un conocimiento de los caminos de Dios que el hombre no poseía; y pecaron por su propia elección, mientras que el hombre fue tentado y seducido al pecado. Hay algo de justicia en esta observación, y Dios lo ha reconocido en las disposiciones de Su gracia. La salvación fue provista para el hombre, pero no para los ángeles. Pero, aunque no se hizo provisión para su salvación, puede haber buenas razones por las que se les debería permitir seguir existiendo y continuar su camino de maldad. No nos preguntamos por qué Dios no destruye a todo pecador incorregible aquí, incluso si han ultrajado tanto al Espíritu de Gracia que, como dijo el Salvador, no tendrán perdón en este mundo ni en el venidero. Puede que no comprendamos todas las razones de las decisiones tomadas en el cielo.

Cuando Dios prometió la tierra a Abraham y a su descendencia, dijo que entonces no podría heredarla, porque «la iniquidad del amorreo aún no ha llegado a su colmo.» (Génesis 15:16). El Señor les daría la oportunidad de llenar la copa de su iniquidad. Esto demuestra la longanimidad de Dios. Y ningún pecado fue tan grande que no hallara simpatía en algún lugar. Satanás obró tanto sobre las simpatías de los ángeles que legiones de ellos negaron la justicia de Dios y se pusieron de su lado. Si el Señor lo hubiera destruido entonces, es muy probable que millares más en el universo pudieran haber dudado de la sabiduría o la justicia de la acción. Quizás aún no podían comprender la enormidad de su culpa. Pero en el juicio final, cuando toda copa esté llena, y Satanás haya convencido plenamente a cada criatura de que él es la única personificación de la malignidad y de todo lo que es malvado y odioso, todos aprobarán la justicia de Dios en su destrucción. Y sin duda, Satanás mismo, al ver el resultado de muchas generaciones de rebelión y la ruina sin causa que ha obrado, se dará cuenta de que Dios es justo, y de que él

estuvo completamente equivocado en su orgullo y ambición y, sobre todo, al instigar el asesinato del manso y humilde Hijo de Dios.

Cuando Satanás vea la ciudad de Dios descender del cielo, y las huestes de ángeles con quienes una vez adoró en bendita unión, y al glorioso Hijo de Dios, su amado Comandante, a la cabeza, y a los millones de glorificados de este mundo, comprados por Su sangre, incluso él mismo se verá obligado a confesar el rotundo fracaso de su ambicioso plan, la bondad de Jesús al morir por Sus criaturas, y la sabiduría y justicia de Dios Padre al exaltar a Su Hijo sobre un espíritu tan vicioso como él mismo ha demostrado ser. Verdaderamente creemos que este será el caso, y que en esto se hallará el cumplimiento de las palabras de inspiración: «para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.» (Filipenses 2:10, 11).

5. Satanás, un errante

Satanás y sus ángeles fueron expulsados del cielo, pero no leemos que se les asignara un lugar de morada determinado. Prevalece ampliamente la idea de que hay un lugar llamado infierno, de cuya creación no tenemos constancia, que arde con fuego del más intenso calor, al cual fueron arrojados, y donde soportan tormento perpetuo. Y se cree, además, que allí esperan con ansia diabólica las almas de los impíos, que van al mismo lugar al morir, y que los demonios, incluso en medio de su propia inenarrable angustia, encuentran deleite en torturar estas almas perdidas. Y algunos eminentes maestros religiosos, tenidos en reverencia por su sabiduría y piedad, han enseñado que el tormento en este fuego aumenta rápidamente a medida que las blasfemias de los condenados se multiplican contra Dios. Y, no contentos con los horrores de este cuadro, ¡incluso han enseñado que los santos en gloria contemplan sus agonías con *satisfacción autocomplaciente*, y alaban a Dios por la multitud de sus misericordias!

Nos complace saber que esta horrible teoría no tiene fundamento en la palabra de Dios. Tuvo su origen en la mitología y la superstición de los paganos. La doctrina de que las alegrías de los salvos aumentan al contemplar los tormentos cada vez mayores de los perdidos es un acompañamiento adecuado a las supersticiones más bajas del paganismo.

Pero, por muy aborrecible que sea una teoría para los sentimientos más delicados de la humanidad, una vez que echa raíces, se encontrarán quienes intenten probar su fundamento en las Escrituras. Así, las palabras del Salvador en (Mateo 25:41) son pervertidas para hacerlas servir a esa teoría. Pero toda la transacción de la que habló el Salvador en ese lugar es aún futura. Que Satanás y sus seguidores serán destruidos en un lago de fuego se revela claramente en las Escrituras; pero ese lago de fuego aún no está preparado —aún no existe—, como se demostrará cuando lleguemos a considerar la destrucción total de las obras del diablo.

No puede ser posible que Satanás y sus ángeles estén confinados en tal lugar de tormento, porque las Escrituras hablan de Satanás yendo de un lado a otro por la

tierra para engañar y destruir a los hijos de los hombres. Si este es su privilegio, ¿por qué regresan a los tormentos del infierno? Y si es su privilegio abandonar esos reinos de tortura, ¿cómo pueden ser llamados su lugar de morada, al cual fueron arrojados?

Esta teoría no está en armonía con las Escrituras; fue, evidentemente, planeada por un enemigo de la verdad de Dios, para hacer que la propia verdad pareciera absurda y ridícula a los ojos de la gente razonable. Que Satanás y sus ángeles aún no están en el tormento para el cual están reservados, se prueba por una expresión que se encuentra en (Mateo 8:29). En la región de los gergesenos, dos hombres que estaban poseídos por demonios se encontraron con Jesús, y los demonios le gritaron: «¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo?» (Mateo 8:29). Esto demuestra que tenemos razón al decir que (Mateo 25:41), que habla de algunos que parten al fuego preparado para el diablo y sus ángeles, es aún futuro; el lugar de tormento aún no está preparado, y el tiempo de tormento aún no ha llegado.

La dificultad para entender este tema se incrementa por el hecho de que hay tres palabras diferentes que se traducen como *infierno* en la versión inglesa del Nuevo Testamento.

1. Hades

Esta es generalmente considerada sinónimo de *sepulcro*, sin embargo, tiene un significado más extenso. Es equivalente a la palabra hebrea *sheol*, que significa una condición o estado de los muertos, sin tener en cuenta el entierro o un lugar de sepultura. Todos los muertos están en *sheol* o *hades*, ya estén enterrados o sin enterrar. Esta palabra se usa en (Salmos 16:10), citada por Pedro en (Hechos 2:27), para probar la resurrección de Cristo. Nunca se usa con referencia a un lugar de tormento o de castigo, solo en cuanto está conectada con la muerte, que es el castigo por el pecado. El alma de Cristo no fue dejada en *sheol* o *hades*, traducido como *infierno*. Pero su alma no fue a un lugar de tormento. Sus sufrimientos fueron en su muerte en la cruz.

2. Gehenna

Este es el lugar del castigo final, y a menudo se conecta con el fuego, como en (Mateo 5:22). Pero hasta ahora, este no tiene existencia.

Judas usa un lenguaje similar al de Pedro: «Y a los ángeles que no guardaron su estado original, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día.» (Judas 6). Están en cadenas de oscuridad, reservados para el gran día del juicio.¹¹ Y otro punto queda fijado por este testimonio. En (Efesios 6:12) Pablo dice que luchamos contra principados, contra potestades y contra la maldad espiritual, o quizás, más literalmente, *espíritus de maldad*, en las regiones celestes. Judas usa la misma palabra, traducida como «estado original», que Pablo usa aquí, traducida como «principados». Algunas versiones traducen a Judas así: «no guardaron su principado». Estos textos se refieren a los mismos principados, las mismas potestades, espíritus inicuos o ángeles caídos.

En cuanto a su ubicación actual, Pablo dice que Satanás es el príncipe de la potestad del aire. (Efesios 2:2). Las Escrituras parecen enseñar que Satanás y sus ángeles fueron condenados a ser errantes, sin tener hogar en la creación de Dios, sin ningún orbe que puedan llamar suyo, su legítimo lugar de reposo. El hombre fue creado para habitar este mundo. Podemos suponer razonablemente que todas las cosas fueron creadas para sus propias esferas. Los ángeles fueron creados para ocupar un lugar en el cielo, y a Satanás, o Lucifer, se le asignó un lugar cerca del trono de Dios. Pero Satanás y sus ángeles no guardaron su principado; abandonaron «su propia morada», como dice Judas, y no se nos informa que se les diera otra. ¡Arrojados a las tinieblas de afuera! Comparadas con la gloria del cielo, las regiones de esta tierra, donde el pecado y la maldición aparecen por doquier, deben ser oscuras y sombrías.

Aquí tienes la traducción y edición del texto, aplicando todas las reglas especificadas:

6. Gana Posesión de la Tierra

Satanás, habiendo perdido su lugar en el cielo, pareció haberse inspirado con la determinación de causar todo el daño posible. El hombre había sido creado y puesto en posesión de la tierra: «Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, y en las aves de los cielos, y en las bestias, y en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.» (Gén. 1:26). «Los cielos son los cielos de Jehová; y ha dado la tierra a los hijos de los hombres.» (Sal. 115:16). Dios hizo al hombre para poseer y gobernar la tierra. Era suya para ocuparla y disfrutarla. Él mismo fue hecho de la tierra; su destino estaba ligado al de la tierra. Satanás, como lo demuestran los resultados, tenía un plan tanto sobre el hombre como sobre su posesión.

¿Tuvo Satanás algo que ver con la caída del hombre?

Las Escrituras muestran claramente que sí. En Apoc. 12:9 el profeta habla de «la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero.» (Apoc. 12:9). Si él engaña al mundo entero, debe haber engañado a nuestros primeros padres. Juan dice: «El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio.» (1 Juan 3:8). En el versículo 12 dice que Caín «era de aquel maligno, y mató a su hermano.» (1 Juan 3:12). Entonces, aquel maligno estaba en el mundo en los días de Caín, y lo instigó a matar a su hermano. «Aquella serpiente antigua» que engaña al mundo entero, engañó a Eva. Le mintió y la hizo creer que le sería bueno comer del fruto que se les había mandado no comer. Dice Pablo: «la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión.» (1 Tim. 2:14). Ella no hizo esto voluntariamente, sino que fue engañada. «Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí.» (Gén. 3:13). Argumentar que fue simplemente el reptil el que hizo todo esto es absurdo. Pero cuando entendemos que Satanás estaba allí con toda su astucia, y usó la serpiente como su medio para engañar a Eva, todo es racional y armonioso. Y esto muestra la veracidad del dicho de Jesús, que el diablo fue mentiroso desde el principio.

No debemos perder de vista el hecho de que Dios no otorgó al hombre un control ilimitado de la tierra. No renunció a su propio derecho y autoridad como propietario de la tierra, sino que constituyó al hombre como gobernante bajo sus direcciones. El hombre era la criatura, el siervo de Dios. Fue designado para someter la tierra y llevarla toda a la condición del huerto del Edén (Gén. 1:28; 2:8). Dios era su Benefactor, su Consejero, su Soberano. Coronó al hombre de gloria y de honra (Sal. 8:3-8), y le dio derecho al árbol de la vida (Gén. 2:9, 16, 17). Esto le fue dado para perpetuar su vida, para que pudiera vivir para siempre (Gén. 3:22, 23). Notemos lo que el hombre perdió por su transgresión:

1. **Perdió su vida.** «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.» (Romanos 5:12). «Porque la paga del pecado es muerte.» (Romanos 6:23). La muerte vino como resultado del pecado. Si el hombre no hubiera pecado, habría vivido para siempre. «Y dijo Jehová Dios: [...] ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén.» (Gén. 3:22, 23). La pérdida de la vida implica la pérdida de todo. Podemos perder muchas cosas en la vida, pero cuando nuestra vida se pierde, no tenemos nada más que perder. La vida es el mayor de todos los dones y bendiciones, porque todas las demás bendiciones están comprendidas en ella y dependen de ella. Al darle a Adán el árbol de la vida en el jardín en el que fue colocado, Dios proveyó para la perpetuación de su vida; él podría «comer y vivir para siempre.» Al pecar, perdió este privilegio.

2. **Perdió su dominio sobre la tierra.** Adán y su posteridad no retuvieron el dominio que le fue dado al principio. Al principio, toda bestia, y las aves, y los peces, estaban bajo su dominio. Después de la caída se volvieron salvajes, y en muchos casos se convirtieron en enemigos y destructores del hombre. Y el hombre se convirtió en enemigo de su prójimo. La discordia y la contienda parecieron entrar en los corazones de todas las criaturas. Todo cambió del orden original. Y el Señor puso una maldición sobre la tierra —sobre el dominio que le había dado al hombre. En lugar de flores y frutos agradables, espinas y cardos brotaron espontáneamente, para aumentar sus preocupaciones y dolores. ¿Por qué fue esto?

Para que podamos entender por qué se puso una maldición sobre la tierra, planteamos la pregunta: Cuando el hombre pecó, ¿el Señor Dios recuperó para sí el dominio que le había otorgado? Es cierto, como se dijo, que cuando el hombre pecó perdió todo, pero ¿retiró el Señor el dominio que le había dado? No leemos que lo haya hecho. De hecho, no creemos que lo hubiera puesto bajo una maldición si hubiera recuperado para sí todo el derecho con el que había investido al hombre al principio. ¿Cuál fue entonces la naturaleza exacta del cambio que tuvo lugar? Examinemos algunos hechos presentados en el Nuevo Testamento.

Hemos visto que el hombre, al principio, se apartó de su amable Creador, desobedeció Su mandamiento directo, creyó las falsedades de su enemigo, e hizo exactamente lo que Satanás quería que hiciera. La mujer fue engañada para desobedecer, y el hombre se unió a ella en la desobediencia. Ahora escuchemos el testimonio de las Escrituras: «¿No sabéis que a quien os sometéis como esclavos para obedecerle, de él sois esclavos a quien obedecéis?» (Romanos 6:16). Otra vez: «Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció.» (2 Pedro 2:19). Obedecieron a Satanás y se hicieron sus siervos; fueron vencidos por él, y por lo tanto fueron sus siervos esclavos. Él fue el medio por el cual perdieron sus vidas, porque él tenía el poder de la muerte (Hebreos 2:14). Cuando murieron, fueron al Seol, *la tierra del enemigo* (Jer. 31:15, 16; 1 Cor. 15:26). Y él fue seguramente el medio por el cual perdieron el dominio de la tierra, porque se perdió por el pecado. Es evidente que Satanás obtuvo dominio sobre el hombre y sobre la tierra; que el hombre, al convertirse en siervo esclavo de Satanás, dejó que su dominio pasara a manos de su nuevo amo. El Señor no destruyó a Satanás de inmediato por su pecado, ni ejecutó de inmediato la sentencia de muerte sobre el hombre, ni recuperó del usurpador el dominio que le fue dado a Adán, del cual había sido defraudado, sino que puso una maldición sobre él y reservó más cambios hasta después de que el juicio pase sobre todas las ofensas —hasta que la simiente de la mujer hiera la cabeza de la serpiente.

Aquí notaremos de nuevo algunos de los títulos que se aplican a Satanás. Se le llama «el dios de este siglo.» (2 Cor. 4:4). Jesús mismo lo llama «el príncipe de este mundo.» (Juan 14:30). Pablo, hablando de los enemigos con los que tenemos que

contender, dice: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo.» (Ef. 6:12).

¿Es cierto que Satanás es el dios, el príncipe, el gobernante de este mundo? Así lo enseñan con certeza las Escrituras. Y tenemos aún más testimonios sobre el mismo punto, y si es posible, más decisivos. Consideremos la tentación del Salvador. Su adversario es llamado el tentador y el diablo, pero Jesús se dirigió a él como Satanás. Diablo es un título, pero Satanás es un nombre propio. No fue un ser imaginario quien lo tentó, ni fueron meras impresiones o imaginaciones de su propia mente, o los impulsos de sus pasiones. Todas esas teorías y especulaciones no son más que las sugerencias del propio enemigo; para permitirle ocultar su persona y su carácter. Jesús, habiendo ayunado cuarenta días, tuvo hambre. El diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.» (Mat. 4:3). El tentador apeló a su apetito, agudizado por su largo ayuno, y lo desafió a probar que era el Hijo de Dios. Pero Jesús se negó a complacer su espíritu de refutación, dándonos un ejemplo, de que no debemos inclinarnos ante las sugerencias de Satanás, ya sea para satisfacer nuestras propias necesidades o para probar nuestro llamado de Dios. Nuestra relación con nuestro Padre Celestial debe ser llevada con humildad, sin dar lugar al orgullo espiritual. Jesús citó aquella Escritura que conduce a la dependencia de la palabra de Dios.

Pero Satanás no debía ser frustrado así; él también citó la Escritura. Pero en esto se nos da otra lección: no creer a todo el que cita las Escrituras. Satanás citó las Escrituras correctamente, pero las malinterpretó. El texto que citó no tiene referencia a tal ocasión. Al leer Salmos 91, cualquiera puede ver que se refiere al futuro tiempo de angustia, cuando las plagas de la ira de Dios serán derramadas sobre la tierra (véase Apocalipsis 16). Pero aquí Jesús lo encontró con una Escritura de aplicación universal, y aplicada especialmente en ese momento: «No tentarás al Señor tu Dios.» (Mat. 4:7). Una reprensión adecuada para el tentador estaba contenida en estas palabras.

De nuevo, el diablo lo llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos de este mundo y la gloria de ellos. ¡Una vista magnífica, que siempre ha resultado

tan cautivadora para los hombres de este mundo! «Y le dijo el diablo: Todo este poder te daré, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregado, y a quien quiero lo doy. Si tú, postrado, me adoraes, todo será tuyo.» (Mat. 4:1-10; Lucas 4:1-13).

Ahora está escrito que «los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de paz.» (Sal. 37:11; Mat. 5:5). Pero nunca podrán deleitarse en la abundancia de paz en el estado pecaminoso actual del mundo. Jesús dijo: «En el mundo tendréis aflicción.» (Juan 16:33). Grandes cambios deben tener lugar antes de que Sal. 37:11 pueda cumplirse. Los justos serán recompensados en la tierra, pero no hasta que se elimine la maldición y se cumpla el designio del don original a Adán. La promesa de que sería el heredero del mundo fue hecha a Abraham y su simiente (Gén. 12:1-7, etc.; Romanos 4:13); y esa simiente era Cristo (Gál. 3:16); y el heredero ha de ser el Redentor tanto del hombre como de su herencia, según las Escrituras. Pero la redención solo podía ser realizada por el poder de su sangre; su vida fue el precio precioso que debía pagar para comprar al hombre de su esclavitud. Pero Satanás le presentó un método más fácil para obtener posesión del dominio. Le había sido entregado, y él lo daba a quien quería, y se lo daría a Jesús si este se postraba ante él.

Pero muchos responden: Satanás dijo una falsedad; no tenía nada que dar; nada le había sido encomendado; ni los reinos del mundo ni la gloria de ellos estaban en su poder. Pero si eso fuera así, el Salvador seguramente lo sabía. Y si sabía que el diablo no poseía nada —que no tenía poder para conferir ningún dominio ni gloria— entonces, ¿en qué fue tentado? Si Satanás los tenía para dar, si Jesús hubiera podido obtener el dominio de la tierra sin la terrible alternativa de morir, seguramente sería una tentación. Si él sabía que Satanás no tenía poder para cumplir su promesa, que sus palabras eran una vana jactancia, no podría haber ninguna tentación en el caso. Pero el registro sagrado lo establece como una tentación, y creemos que lo fue. A Adán le fue dado al principio; Satanás obtuvo supremacía sobre el hombre; tomó todo el título que Adán poseía, que no era más que un poder limitado. El poseedor de ese poder no podía ir más allá de lo que Dios

considerara oportuno permitir. Al vencer al hombre, Satanás se convirtió en el príncipe, o dios, de este mundo.

Y esto se prueba aún más claramente en Apoc. 11:14-18. El tercer ay viene sobre la tierra cuando suena la trompeta del séptimo ángel. Esta es la última de las trompetas, y cierra esta dispensación. Bajo esta trompeta se dice: «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo.» (Apoc. 11:15). Estamos acostumbrados a reconocer el hecho escriturístico de que el Padre ha de otorgar el dominio, el reino, a su Hijo, Jesucristo. Pero este texto muestra que se convierten en los reinos de nuestro Señor, así como de su Cristo. De nuevo, los ancianos, adorando al que está sentado en el trono, dicen: «Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado.» (Apoc. 11:17). El siguiente versículo muestra que este es el momento en que ha llegado el tiempo de juzgar a los muertos y de dar recompensa a todos los siervos de Dios. ¿Qué poder, sino el que una vez fue conferido a Adán, podría el gran Dios tomar para sí mismo, y dar a su Cristo, justo antes del cierre de esta dispensación? ¿Cómo pueden los reinos de este mundo convertirse en los reinos de nuestro Señor y de su Cristo, excepto por la expulsión del gran usurpador por parte de nuestro Señor, y la recuperación para sí mismo del dominio de la tierra? Entonces Él lo confiere al segundo Adán, quien lo redime, quita la maldición y restaura al hombre a su propia herencia; en una palabra, recupera del enemigo todo lo que perdió el primer Adán.

En cuanto a la condición actual del mundo, Juan dice: «Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.» (1 Juan 5:19). Sobre este texto, el Dr. Adam Clarke comenta lo siguiente:

> «Yace en el maligno, —está abrazado en los brazos del diablo, donde duerme profundamente, y carnalmente seguro, derivando su calor y poder de su infernal sustentador. ¡Qué estado tan verdaderamente terrible! ¿Y acaso las acciones, los temperamentos, las propensiones, las opiniones y las máximas de todos los hombres mundanos no prueban e ilustran esto? 'En esta breve expresión', dice el Sr. Wesley, 'el horrible estado del mundo está pintado con los colores más vivos, un comentario del cual tenemos en las acciones, conversaciones, contratos,

disputas y amistades de los hombres mundanos. Sí, sus acciones se oponen a la ley de Dios; su conversación es superficial, simulada y falsa; sus contratos son forzados, interesados y engañosos; sus disputas son pueriles, ridículas y feroces; y sus amistades son huecas, insinceras, caprichosas y volubles: —todo, todo es el efecto de su yacer en los brazos del maligno; porque así se llenan de su propio espíritu y porque son de su padre, por lo tanto, harán sus deseos.'»

Esta es una representación veraz del mundo en su conjunto. Los hijos de Dios en este mundo son tan pocos que solo forman una excepción a la regla general. No son del mundo, sino que son escogidos del mundo. De ellos dijo Jesús: «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os he escogido del mundo, por eso el mundo os aborrece.» (Juan 15:19). Esta es una prueba concluyente de que el mundo está ahora bajo el control de Satanás, sirviéndole. Si Dios gobernara en este mundo, ser hijo de Dios sería hacer lo que hace el mundo. Pero la verdad es que todo este mundo está en rebelión contra Dios, y está sirviendo a Satanás, el gran enemigo de Dios. De ahí que Santiago diga: «¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.» (Santiago 4:4). Por un tiempo, Dios permite esto en Su longanimidad y misericordia; en Su longanimidad permite que los impíos llenen la copa de su iniquidad; en Su misericordia retrasa los juicios hasta que sus elegidos estén preparados para una entrada abundante en Su reino eterno.

Satanás logró su propósito cuando se acercó a la santa pareja en el Edén: destruyó su felicidad; arruinó a una multitud casi incontable de su posteridad; inculcó su propio espíritu en los corazones de sus hijos; extendió el crimen y el derramamiento de sangre por todas partes; y se ganó una posesión en la tierra. Pero no pudo prever que el Hijo de Dios, contra quien se había rebelado, daría incluso su vida para comprarlo todo para sí, y obraría un triunfo tan grande sobre el enemigo de toda justicia que haría que toda criatura del universo se regocijara en su destrucción. Cuando llegue ese día, que seamos de aquellos que se unan al triunfo del Cordero de Dios

7. Poseídos por demonios

Usamos el término "demonios" porque es el lenguaje de las Escrituras; para conformarnos al lenguaje y los hechos de la Biblia, mantenemos la distinción entre el diablo, o Satanás, y los demonios, los ángeles caídos, que están bajo su control.

Aquellos que estaban poseídos por demonios actuaban extrañamente. A veces «*eran sobremanera feroces*» (Mateo 8:28); «*nadie podía atarlos, ni aun con cadenas*»; «*habitaban entre los sepulcros*» (Marcos 5:3, 4); «*daba voces e hiríase con piedras*» (versículo 5); «*muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua*» (Mateo 17:15); conocían a Jesús y clamaban que «*él era el Hijo de Dios*» (Lucas 8:28, etc.). Se dice expresamente que estas personas estaban poseídas por demonios; que los demonios habían entrado en ellas. Y es manifiesto que el diablo había de alguna manera tomado posesión, o control, de estas personas, de modo que él y sus ángeles actuaban a través de ellas, y las hacían actuar exactamente como él quería. Todas sus acciones eran atribuidas directamente al diablo, o a los demonios, y no a ellas mismas. Marcos 9:17-26.

Es bien sabido que existe algo como el *mesmerismo* o el *hipnotismo*, por el cual una persona con nervios y voluntad fuertes puede controlar a otra con nervios y voluntad más débiles para obtener posesión completa de ella, cuerpo y mente. Entonces el *mesmerizador* puede introducir sus propios pensamientos en la mente de su víctima y hacerla hablar y actuar exactamente como él quiera. En resumen, la persona así *mesmerizada* se convierte en el agente pasivo, o *médium*, de la persona que la ha *mesmerizado*. Y así sucede con las personas poseídas por demonios. Han permitido que Satanás las *mesmerice* hasta que él ha obtenido control completo sobre ellas, mente y cuerpo. Entonces él y los demonios las usan como *médiums* a través de quienes hablar y actuar.

El Espiritismo moderno, la obra de los *médiums* espiritistas, no es ni más ni menos que esto. Los espíritus magnetizan a los *médiums* y así obtienen control de sus órganos, y luego hablan a través de ellos.

El juez Edmonds, un conocido creyente en el Espiritismo, al hablar de una manifestación a través del Dr. Dexter, *médium*, dijo:

«Fue conducida en todo momento con una violencia inusual y, de hecho, desconocida. Él [el espíritu] tomó posesión completa del doctor, no solo de su brazo.»

El profesor Brittan, otro espiritista, dice:

«Podemos añadir, además, en esta conexión, que los médiums en trance para el contacto con espíritus son igualmente irresponsables. Muchos de ellos son totalmente incapaces de resistir los poderes que les llegan de los reinos invisibles y desconocidos.» — Telegraph's Answer to Mahan, p. 10.

En muchos casos, los espíritus tratan a sus *médiums* de la misma manera que a los poseídos en los días de Jesús. Aquí hay un ejemplo dado por el Dr. Gridly. De un *médium* dice:

«Estos espíritus lo pellizcaban y golpeaban, lo jalaban y lo tiraban, gritaban y blasfemaban. Le prohibían comer, hasta el punto de la inanición. Era un esqueleto perfecto; lo obligaban a caminar día y noche, con intermitencias, por supuesto, ya que su objetivo declarado era atormentarlo tanto y durante el mayor tiempo posible.» — Astounding Facts from the Spirit World, pp. 253, 254.

Compare esto con Lucas 8:26-30, y se verá que las posesiones son idénticas en naturaleza. No hay una partícula de diferencia entre las posesiones satánicas en los días de Cristo y el control espiritual del tiempo presente. Una vez que los demonios obtuvieron control sobre ellos, las personas poseídas no tenían poder para liberarse de su influencia. Pero Jesús tenía poder sobre estos espíritus, y Él dio el mismo poder a Sus discípulos, por la fe en Su nombre. Y en el tiempo presente, los *médiums* se vuelven indefensos en manos de los demonios. Pero ellos no pueden obtener control sobre aquellos que los resisten firmes en la fe de Jesucristo. 1 Pedro 5:8, 9; Santiago 4:7, 8; Efesios 6:10, 11.

Los mismos espiritistas nos aseguran que cada *médium* tiene un espíritu acompañante, que aparece a cada llamada y puede hacerse pasar por cualquiera sobre quien se haga una consulta. Esto da oportunidad para cualquier cantidad de engaño, y es idéntico a la doctrina de los *espíritus familiares*, tan a menudo mencionados en las Escrituras. Pero consultar a los *espíritus familiares* estaba

estrictamente prohibido, declarando el Señor que era una abominación para Él. Los espíritus son demonios de oscuridad, y consultarlos aleja de Dios y de Su verdad revelada.

8. El hombre en prisión

Está escrito en las Escrituras que «ciertamente moriremos» (2 Samuel 14:14). Pero esta necesidad no estaba de acuerdo con el propósito u ordenamiento original de Dios. Dios es el Dios de la vida. Él no se complace en la muerte de ninguna de Sus criaturas (Ezequiel 18:23, 31, 32). Él pronunció la sentencia de muerte sobre Adán, pero le había advertido contra la culpa que ciertamente la traería; Él prohibió perentoriamente que siguiera un curso que resultaría en la muerte (Génesis 2:16, 17). Que el Señor amaba al hombre y tenía un fuerte deseo de que viviera y no muriera, se muestra en la maravillosa provisión que hizo para rescatar al hombre de la muerte.

«El pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte» (Romanos 5:12). Y «el que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio» (1 Juan 3:8). Por su engaño y falsedad, él llevó a nuestros primeros padres a pecar; pero como la muerte sigue inevitablemente al pecado, el que introdujo el pecado introdujo la muerte. Por lo tanto, también se dice que el que tenía el poder de la muerte es el diablo (Hebreos 2:14).

Respecto a los hijos de Raquel, el Señor prometió que volverían de la tierra del enemigo (Jeremías 31:16). Estos niños fueron cruelmente asesinados (véase Mateo 2:16-18). Pablo dice que *la muerte es el último enemigo* (1 Corintios 15:26). Es el último enemigo, porque cuando la muerte nos alcanza, ningún otro enemigo puede llegar a nosotros. La vida es la primera y más grande de todas las bendiciones; así, la muerte es el más grande y último de todos los males. Estaban bajo el poder de la muerte, bajo el dominio de Satanás, pues Satanás, al introducir el pecado y la muerte, abrió las puertas del sepulcro, esa gran prisión de la humanidad.

El *Seol*, el lugar de todos los muertos, siempre se describe como un reino de oscuridad, penumbra y terrores; sus habitantes no tienen luz ni conocimiento; todas sus esperanzas, sus miedos, sus alegrías, sus penas, sus pensamientos han perecido. Escuchemos la palabra del Señor sobre este tema:

«Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más recompensa; porque su memoria es puesta en olvido. También su

amor, y su odio y su envidia fenecieron ya» (Eclesiastés 9:5, 6). «Todo lo que te venga a la mano para hacer, hazlo con tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni designio, ni conocimiento, ni sabiduría» (versículo 10).

Job, hablando de la condición de aquellos que caen bajo el poder de la muerte, dice: «Cambias su semblante, y le despides. Sus hijos vienen a honra, y él no lo sabe; o son humillados, y él no lo percibe» (Job 14:20, 21).

El salmista ofrece una sorprendente ilustración de los reinos de la muerte, como sigue: «¿Harás tú maravillas a los muertos? ¿Se levantarán los muertos para alabarte? ¿Será contada en el sepulcro tu misericordia, o tu verdad en el Abadón? ¿Serán reconocidas en las tinieblas tus maravillas, y tu justicia en la tierra del olvido?» (Salmos 88:10-12). Y de nuevo: «Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos» (Salmos 146:4).

Y no es meramente su conocimiento y pensamientos, y su interés en las cosas temporales lo que ha perecido; han perdido su conocimiento de Dios y su poder para alabarlo. «Porque en la muerte no hay memoria de ti; en el sepulcro, ¿quién te alabará?» (Salmos 6:5). Esto no se refiere al sepulcro como consideramos ese término; habla del *Seol*, el lugar de los muertos en general; como dice Lange, se refiere a ese lugar en el cual el alma de Cristo no fue dejada (compárese Salmos 16:10 y Hechos 2:27, 31). Leemos de nuevo: «Los muertos no alabarán a JAH, ni cuantos descienden al silencio» (Salmos 115:17). Y aún de nuevo, donde el contraste entre la condición y el poder de los muertos y los vivos se muestra en los términos más enfáticos: «Porque el Seol no te alabará, ni la muerte te glorificará; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad. El que vive, el que vive, este te dará gracias, como yo hoy» (Isaías 38:18, 19).

No estaba en el orden de Dios que el hombre llegara a una condición como la descrita por estos textos, o descendiera a tal estado de oscuridad, penumbra y olvido. Fue *toda la obra del enemigo*, cuyo objetivo era estropear la obra perfecta del Creador.

El hombre en el sepulcro es representado como encerrado en su oscuridad y penumbra, como los prisioneros son encerrados en una prisión o mazmorra. «Allí

los presos juntos reposan» (Job 3:18). Hablando de castigar a los reyes y a los grandes de la tierra, el Señor dice:

«Y serán reunidos como se reúne a los presos en mazmorra [o calabozo], y encerrados en cárcel, y después de muchos días serán visitados» (Isaías 24:22).

Tal es la condición de todos los que van al sepulcro. Pero muchos, con toda sinceridad, creen que solo una parte del hombre muere; que una parte de él vuelve al polvo, y otra parte evade la pena y continúa viviendo en algún otro lugar, o en alguna otra condición. De esto no encontramos ninguna indicación en la ley, ni en la pena, ni en la sentencia pronunciada sobre el pecado. «Porque la paga del pecado es muerte» (Romanos 6:23). «El alma que pecare, esa morirá» (Ezequiel 18:4). Siendo así, toda la cuestión gira en torno a este punto, de cuánto del hombre, o qué parte del hombre, cometió el pecado. Todo lo que pecó debe morir. Reconociendo el hecho de que el hombre está constituido de partes, no podemos decir que una parte de él pecó y otra parte no pecó. Si bien es cierto que la paga del pecado es muerte, no puede ser cierto que el hombre real, la parte verdaderamente responsable del hombre, no muera. Si alguna parte escapa a la pena, debería ser aquella parte que es la menos responsable.

Pero las Escrituras no apoyan tal teoría. Ellas, en efecto, enseñan que el hombre está constituido de diferentes partes, pero se necesitan las diferentes partes para constituir al hombre. *El hombre entero* estuvo involucrado en el pecado, en la caída, y *el hombre entero* debe sufrir la pena. Ninguna otra doctrina que esta es consistente con las escrituras que hemos citado. En la muerte no hay recuerdo de Dios, no hay acción de gracias a Él. La muerte es la tierra de la oscuridad y el olvido. En el *Seol* no hay designio, ni conocimiento, ni afectos. Cuando el hombre muere, sus pensamientos perecen. Todo esto lo hemos leído en términos claros en la Biblia, y debemos *creerlo o negarlo*. ¿Qué haremos?

Es este hecho lo que hace que la doctrina de la resurrección tenga una importancia tan inmensa. Dice Pablo: «Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe; [...] Porque si los muertos no resucitan,

tampoco Cristo resucitó; y si Cristo no resucitó, vuestra fe es vana; aún estáis en vuestros pecados. Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron. Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres» (1 Corintios 15:13-19).

Aquí se muestra claramente que sin una resurrección no tenemos esperanza más allá de esta vida; y, sin una resurrección, aquellos que han dormido en Cristo perecieron. Esto no está de acuerdo con *la opinión más popular*, de que los muertos ya están en gloria, lo que hace su salvación y felicidad independientes de la resurrección. Y de nuevo el apóstol dice, en el versículo 32:

«Si como hombre batallé en Éfeso contra fieras, ¿de qué me sirve? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, porque mañana moriremos» (1 Corintios 15:32).

Sobre este texto, el Dr. Clarke hace un comentario muy apropiado y veraz, como sigue:

«Lo que el apóstol dice aquí es una *conclusión regular y legítima* de la doctrina de que no hay resurrección; porque si no hay resurrección, entonces no puede haber ningún juicio, ningún estado futuro de recompensas y castigos; ¿por qué, entonces, deberíamos soportar cruces y mantenernos bajo disciplina continua? Comamos y bebamos, tomemos todo el placer que podamos, porque mañana moriremos; y ese es el fin de nosotros para siempre».

En esto, el Dr. Clarke tiene toda la razón. Es, de hecho, la *conclusión legítima* de la doctrina de que no hay resurrección, pero no es la conclusión legítima de esa doctrina según *la opinión más popular* de que los muertos ya están salvos en el cielo y glorificados sin la resurrección. Según las Escrituras, el hombre está *verdaderamente en prisión*.

9. La redención del hombre

Juan da este testimonio de la obra de nuestro Salvador: «Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre envió al Hijo para ser el Salvador del mundo» (1 Juan 4:14). Y Pablo también dice: «ponemos nuestra esperanza en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres» (1 Timoteo 4:10). Dios lo envió para «proclamar libertad a los cautivos, y apertura de la cárcel a los presos» (Isaías 61:1). Fielmente ejecutó su comisión. Hablando del diablo y su reino, Jesús dijo: «Cuando el hombre fuerte armado guarda su palacio, en paz está todo lo que posee; pero cuando viene otro más fuerte que él y le vence, le quita todas sus armas en que confiaba, y reparte el despojo» (Lucas 11:21, 22). Esto representa apropiadamente la obra del Salvador triunfando sobre el enemigo de la humanidad. Satanás era en verdad un hombre fuerte armado, pero Cristo fue más fuerte que él. Así, cuando Jesús vino, el palacio de Satanás (el sepulcro) y sus bienes (los muertos), que antes guardaba con seguridad, se vieron amenazados de ser invadidos. De nuevo Jesús dijo: «Nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata; y entonces saqueará su casa» (Marcos 3:27).

El hombre fuerte (Satanás) guardaba su casa (el sepulcro); y sus bienes (los muertos) estaban seguros hasta que vino el hombre más fuerte (Jesús). Jesús entró en la casa-prisión donde Satanás había atado a toda la familia humana. Dice el apóstol: «Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado» (1 Corintios 15:3, 4).

En todo se dignó a participar con el hombre, para poder satisfacer completamente todas sus necesidades. Entró en la casa-prisión, cautivo del último enemigo, la muerte. Pero, ¿fue capaz de salir de nuevo? ¿Puede romper las ataduras de la muerte y del sepulcro? ¿Es más fuerte que el fuerte? Satanás parece haber triunfado; nadie ha entrado jamás por los portales del Seol que tuviera el poder de abrir sus puertas para liberar a sus cautivos, o de recuperarse de su poder. Este es el momento crítico para la esperanza de la raza perdida de Adán. El diablo

ha triunfado sobre el pobre y débil hombre; pero ahora debe medir sus fuerzas con el Hijo de Dios. Exulta por la victoria ya obtenida; y ahora reúne a sus fuerzas para mantener su casa con su real cautivo. Jesús les había dicho a sus discípulos que debía ser crucificado y que resucitaría de entre los muertos al tercer día. Cuando el tercer día comienza a amanecer, todas las fuerzas de Satanás están terriblemente ansiosas, y todas las fuerzas del cielo están confiadamente expectantes. Mientras la guardia romana vigila, y Satanás y sus ángeles mantienen una vigilancia más estricta, esperando en vano que un día más pase, y el maravilloso Cautivo siga durmiendo, de repente un destello de luz como un relámpago ilumina su visión; un ruido ensordecedor como el estampido del trueno más fuerte rasga el aire y hace temblar la tierra. Satanás y su hueste olvidan su misión y huyen aterrorizados y consternados. Un ángel poderoso y glorioso desciende del cielo; las rocas se parten, la tierra tiembla, y el ángel fuerte levanta su voz con terrible majestad, porque el poder del Dios viviente está sobre él. Llama al Hijo de Dios para que salga, y el sepulcro se abre, y, un conquistador triunfante, Jesús, el Crucificado, sale de la casa-prisión de la muerte. Los demonios huyen a su oscuridad, mientras la buena nueva resuena por el cielo y la tierra: que Jesús ha resucitado de entre los muertos.

> «¿Y resucitó?

> ¡Escuchad, oh naciones; escuchadlo, oh muertos!

> ¡Resucitó! ¡Resucitó! Rompió las barras de la muerte.

> Alzad, oh puertas eternas, vuestras cabezas,

> Y dejad entrar al Rey de Gloria.

> Gritad, tierra y cielo,

> ¡Esta suma de bien para el hombre! cuya naturaleza entonces

> Tomó alas, y con Él ascendió de la tumba.»

Ahora triunfante, mira el sepulcro y exclama: «Yo soy el que vivo, y estuve muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén; y tengo las llaves del Hades y de la muerte» (Apocalipsis 1:18). Satanás una vez tuvo estas llaves, pues tenía el poder de la muerte. Pero Cristo, por su muerte y resurrección, rompió el

poder de Satanás y tomó las llaves del sepulcro en sus propias manos. ¿Qué no sufriría, qué no sufrió Jesús para vencer al enemigo y rescatar al hombre caído? Dice Pablo: «Para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebreos 2:14).

Cuando Cristo salió del sepulcro, trajo consigo a algunos de los prisioneros (véase Mateo 27:52, 53), tanto para mostrar su poder como para dar una garantía de que los sacará a todos a su debido tiempo. Cuando Satanás tenía el poder, se negó a dejar salir a nadie del sepulcro (Isaías 14; 17; Judas 9); de hecho, no podía sacar a nadie, porque, aunque tenía el poder de la muerte, no tenía el poder de la vida. Él puede traer el mal, pero nunca puede conferir ningún bien al hombre. Solo Dios puede dar vida. Ahora el poder ha sido entregado en manos de Cristo, y los santos están durmiendo tranquilamente, esperando en el sepulcro hasta que Jesús los llame.

A quienes lloraban a sus amigos muertos, como si hubieran de sufrir pérdida, el apóstol dice: «Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él» (1 Tesalonicenses 4:13, 14).

Pero no solo el santo será sacado del sepulcro. Hablando de su esperanza y confianza, Pablo dijo: «Tengo esperanza en Dios, la cual ellos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los muertos, así de justos como de injustos» (Hechos 24:15).

Todos están en período de prueba para la vida eterna. Esta solo se obtiene mediante la obediencia. «Si queréis y obedecéis, comeréis el bien de la tierra; si rehusáis y sois rebeldes, seréis consumidos por la espada; porque la boca de Jehová lo ha dicho» (Isaías 1:19, 20). Jesús muestra de manera muy decisiva que habrá dos clases resucitadas de entre los muertos: «No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación» (Juan 5:28, 29).

Al sacar a los malhechores del sepulcro, Cristo les quita la queja de que tuvieron que morir sin elección alguna en el asunto. Él los restaurará a la vida sin elección por parte de ellos. Y si entonces no tienen vida eterna, será porque no la han buscado. Pablo dice: «A los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad, [Él les dará] vida eterna» (Romanos 2:7). Han tenido todas las oportunidades que se podrían desear, que el cielo y la tierra podrían proporcionar. Pablo dice: «Por esto mismo trabajamos y sufrimos reproches, porque hemos puesto nuestra esperanza en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, *especialmente de los que creen*» (1 Timoteo 4:10).

Y Cristo es el Salvador de todos los hombres en más aspectos que el de simplemente sacarlos de los sepulcros. Todos los privilegios de la probación, por los cuales pueden obtener la vida eterna si así lo eligen, y todas las comodidades y beneficios de la vida, son concedidos en respuesta a sus intercesiones. De ahí se verá que, en lugar de tener motivos de queja, todos los hombres están bajo la más profunda obligación posible de amar y adorar al Señor Jesucristo por su benevolencia, que está más allá de la comprensión. El pecador más vil de la tierra es constantemente el receptor de sus favores, recibiendo continuamente los beneficios de sus oraciones e intercesiones por los perdidos. Solo el día del juicio los despertará a un sentido de su ingratitud, al ver lo que Él ha hecho por ellos, cuánta misericordia han despreciado, cuánta gloria, gloria sin fin, han perdido en su locura egoísta. «¡Oh, si alabaran la misericordia de Jehová, y sus maravillas para con los hijos de los hombres!» (Salmos 107:8, etc.). Él no se complace en la muerte de nadie. Es su deseo que todos los hombres sean salvos y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:4). «A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia» (Deuteronomio 30:19).

Él es, en verdad, el Salvador de todos los hombres en sentidos muy importantes; pero el apóstol dice, *especialmente de los que creen*. Y hay dos sentidos en los que los que creen son especialmente salvos:

1. Son salvos del pecado. «Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:21). El pecado fue la ruina de la raza; fue aquello

por lo cual Adán trajo la muerte sobre su posteridad. Lo primero hacia una recuperación completa debe ser la eliminación de la primera dificultad, la fuente de todo mal, el pecado. Sin pecado, ningún mal habría sobrevenido a la raza; sin la eliminación del pecado, ningún bien puede venir sobre la raza. Busquemos, pues, con todo nuestro corazón, participar en la sangre de Jesús, que nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7).

Los hijos de Dios, los seguidores de Jesús, tienen una redención especial en la resurrección. «Los que han hecho el bien» tienen una resurrección para vida eterna; los malhechores tienen una resurrección, pero es para aquello que han elegido: la muerte eterna. Dice el apóstol: «No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna» (Gálatas 6:7, 8).

Al no buscar la inmortalidad y la vida eterna, los impíos cosechan corrupción; tienen una resurrección al igual que los justos, pero es para condenación, según las palabras de Jesús. Las Escrituras hablan de una *segunda muerte*, la cual sufrirán los impíos. La primera muerte la sufrieron a causa del pecado de Adán; esa no pudieron evitarla. La segunda muerte la sufren a causa de su propio pecado; esa sí la podrían haber evitado si hubieran querido. Jesús, con un sacrificio inmenso, un sacrificio que ninguna mente finita puede comprender, abrió el camino a la vida eterna, pero ellos se mostraron ingratos con Él e imprudentes consigo mismos. Con toda la provisión de su gracia a su alcance, se precipitan voluntariamente a la ruina eterna.

Pablo, en un texto citado, dice que todo hombre segará según su siembra, y que los que siembran en la carne segarán corrupción. Esta siembra se refiere a sus acciones. En 1 Corintios 15, usa la palabra *sembrado* en otro sentido, a saber, del cuerpo que va al sepulcro. De la resurrección de los justos habla así: «Se siembra en corrupción, se resucita en incorrupción. Se siembra en deshonra, se resucita en gloria. Se siembra en debilidad, se resucita en poder. Se siembra cuerpo natural, se resucita cuerpo espiritual. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se

haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria» (1 Corintios 15:42-54).

¡Qué victoria para los santos de Dios! ¡Un triunfo sobre el pecado, Satanás y todos los males posibles! Este es el beneficio por el cual incluso los justos están ahora gimiendo: «la redención de nuestro cuerpo», libertad de la esclavitud de la corrupción, una entrada a gozos inefables. «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Corintios 2:9).

10. Satanás Atado

En relación con la primera resurrección, Juan tuvo una visión del triunfo de Jesús sobre el enemigo que encerró al hombre en la prisión de la muerte. La resurrección de los justos tiene lugar en la venida de Cristo, como dice el apóstol: «El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos y hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor.» (1 Tesalonicenses 4:16, 17). La visión de Juan sobre estos eventos se describe así:

«Y vi a un ángel descender del cielo, que tenía la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso un sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y se les dio juicio; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y de los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni habían recibido su marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.» (Apocalipsis 20:1-5).

Para comprender el significado completo de este texto, debemos examinar el tema del santuario, uno de los temas más importantes e instructivos presentados en la Biblia. El significado de la palabra *santuario*, según las mejores autoridades, es *un lugar santo o santificado, una morada del Altísimo* (Cruden). El Señor le ordenó a Moisés, diciendo: «Y me harán un santuario, para que yo habite en medio de ellos.» (Éxodo 25:8). Pero el santuario construido por Moisés, y usado durante tanto tiempo por los hijos de Israel para el ofrecimiento de sacrificios y el servicio de los sacerdotes, era solo un tipo del verdadero santuario en el cielo, donde Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, oficia ahora (Hebreos 8:1-6; 9:1-24).

En el servicio típico del santuario, cada día del año la gente traía sus ofrendas al tabernáculo y confesaba sus pecados sobre ellas. Los sacrificios eran entonces inmolados, y la sangre, que representaba la vida de las víctimas sobre las cuales se confesaban los pecados, era llevada al santuario. Así, los pecados de aquellos que hacían sus confesiones eran transferidos de ellos al santuario durante todo el año (Hebreos 9:1-7; Levítico 1:3; 4:1-7). Al final del año, el sumo sacerdote presentaba dos machos cabríos ante la puerta del santuario, y echaba suertes sobre ellos. Una suerte era para el Señor, y la otra para el chivo expiatorio (Levítico 16:1-8). El macho cabrío sobre el cual caía la suerte del Señor era entonces inmolado, y su sangre era llevada al santuario, y por medio de ella se expiaban los pecados llevados allí por el sumo sacerdote (pues él actuaba en nombre del pueblo) (versículos 9-19). Luego estos pecados eran sacados del santuario y puestos sobre la cabeza del chivo expiatorio, y este los llevaba a una tierra inhabitada (versículos 20-22). Todo esto era una figura de la ministración de Cristo en el verdadero santuario de arriba (Hebreos 8:1-5). Por lo tanto, Cristo ministrará en el primer compartimiento del santuario celestial hasta el día de la expiación o juicio. Durante este tiempo, los pecados del pueblo de Dios son transferidos, por la fe en la sangre de Jesús, al santuario celestial. En el día de la expiación, la sangre del Cordero de Dios será ofrecida para limpiar el santuario celestial de estos pecados.

Según el patrón, cuando el santuario celestial sea limpiado por la sangre del Cordero de Dios, los pecados de los justos serán transferidos por el Sumo Sacerdote (Cristo) y colocados sobre la cabeza del chivo expiatorio, quien será entonces enviado a una tierra inhabitada. Ahora nos preguntamos: ¿Quién es este chivo expiatorio? Los siguientes testimonios ofrecen información satisfactoria sobre el tema:

El Chivo Expiatorio.—El siguiente evento de ese día, después de que el santuario fue purificado, fue la acción de poner todas las iniquidades y transgresiones de los hijos de Israel sobre el chivo expiatorio y enviarlo a una tierra inhabitada, o de separación. Casi todos suponen que este macho cabrío tipificaba a Cristo en algunos de sus oficios, y que el tipo se cumplió en el primer advenimiento. De esta opinión debo diferir, porque: 1. Ese macho cabrío no fue

enviado hasta después de que el sumo sacerdote hubo terminado de limpiar el santuario (Levítico 16:20, 21). Por lo tanto, ese evento no puede encontrar su antitipo sino después del fin de los 2300 días (1844). 2. Fue enviado lejos de Israel al desierto, una tierra inhabitada. Si nuestro bendito Salvador es su antitipo, Él también debe ser enviado lejos —no solo su cuerpo, sino alma y cuerpo (porque el macho cabrío fue enviado vivo)— de, no a, ni entre, su pueblo, ni al cielo, porque eso no es un desierto ni una tierra inhabitada. 3. Recibió y retuvo todas las iniquidades de Israel; pero cuando Cristo aparezca por segunda vez, Él estará sin pecado. 4. El macho cabrío recibió las iniquidades de manos del sacerdote, y él lo envió. Como Cristo es el Sacerdote, el macho cabrío debe ser algo más que Él mismo, algo que Él pueda enviar. 5. Este era uno de los dos machos cabríos elegidos para ese día, de los cuales uno era del Señor y fue ofrecido como ofrenda por el pecado; pero el otro no fue llamado del Señor, ni ofrecido como sacrificio. Su único oficio era recibir las iniquidades del sacerdote, después de que este había limpiado el santuario de ellas, y llevarlas a una tierra inhabitada, dejando el santuario, al sacerdote y al pueblo libres de sus iniquidades (Levítico 16:7-10, 22). 6. El nombre hebreo del chivo expiatorio, como se verá en el margen del versículo 8, es *Azazel*. El siríaco tiene *Azail*, el ángel (el fuerte) que se sublevó. 7. En la aparición de Cristo, según se enseña en Apocalipsis 20, Satanás ha de ser atado y arrojado al abismo, acto y lugar que son simbólicamente representados por el sumo sacerdote antiguo enviando al chivo expiatorio a un desierto separado e inhabitado. Así, tenemos la Escritura, la definición en dos lenguas antiguas, ambas habladas al mismo tiempo, y las opiniones más antiguas de los cristianos, a favor de considerar al chivo expiatorio como el tipo de Satanás. —Crozier.

Sobre este tema, el Dr. Charles Beecher, en *Redeemer and Redeemed*, p. 66, dice: «Dos machos cabríos debían ser presentados ante el Señor por el sumo sacerdote. Debían ser exactamente iguales en valor, tamaño, edad, color; debían ser contrapartes. Colocando estos machos cabríos ante él, el sumo sacerdote puso ambas manos en una urna que contenía dos suertes de oro, y las sacó, una en cada mano. En una estaba grabado '*La-Yehovah*' (para Jehová); en la otra, '*La-Azazel*' (para Azazel).»

El macho cabrío sobre el cual cayó la suerte *La-Yehovah* fue sacrificado. Después de que su sangre había sido rociada en el lugar santísimo, el sumo sacerdote puso sus manos sobre la cabeza del segundo macho cabrío, confesó los pecados de la congregación y lo entregó a un hombre apto para que lo condujera y lo soltara en el desierto, estando el hombre así empleado obligado a lavar su ropa y purificarse antes de regresar a la congregación.

Con respecto a lo que representa este macho cabrío expiatorio, dice que «una opinión es que Azazel es un nombre propio de Satanás. En apoyo de esto se presentan los siguientes puntos: El uso de la preposición lo implica. La misma preposición se usa en ambas suertes, *La-Yehovah*, *La-Azazel*; y si una indica una persona, parece natural que la otra también lo haga, especialmente considerando el acto de echar suertes. Si uno es para Jehová, el otro parecería ser para alguna otra persona o ser, no uno para Jehová y el otro para el macho cabrío mismo. Lo que viene a confirmar esto es que las paráfrasis y traducciones más antiguas tratan a Azazel como un nombre propio. La paráfrasis caldea y los Targumes de Onkelos y Jonatán ciertamente lo habrían traducido si no fuera un nombre propio; pero no lo hacen. La Septuaginta, o versión griega más antigua, lo traduce como ἀποπομπαιος [Apopompaios], una palabra aplicada por los griegos a una deidad maligna, a veces apaciguada con sacrificios. Otra confirmación se encuentra en el libro de Enoc, donde el nombre Azazel, evidentemente una corrupción de Azazel, se le da a uno de los ángeles caídos, mostrando así claramente cuál era la comprensión prevalente entre los judíos en ese día. Todavía otra evidencia se encuentra en el árabe, donde Azazel se emplea como el nombre del espíritu maligno. Además de estos, tenemos la evidencia de la obra judía Zahar, y de los escritores cabalísticos y rabínicos. Nos dicen que el siguiente proverbio era común entre los judíos: «En el Día de la Expiación, un regalo para Samael». De ahí que Moisés Gerundinensis se sienta llamado a decir que no es un sacrificio, sino que solo se hace porque es mandado por Dios».

Otro paso en la evidencia es cuando encontramos la misma opinión pasando de la iglesia judía a la iglesia cristiana primitiva. Orígenes fue el más erudito de los padres, y en un punto como este, el significado de una palabra hebrea, su

testimonio es confiable. Dice Orígenes: «El que es llamado en la Septuaginta, [Griego] (Apopompaioi), y en hebreo, Azazel, no es otro que el diablo». Finalmente, se menciona una circunstancia del Emperador Juliano el Apóstata que confirma el argumento. Él presentó como objeción contra la Biblia que Moisés mandó un sacrificio al espíritu maligno —una objeción que nunca habría podido concebir si Azazel no hubiera sido generalmente considerado un nombre propio.

En vista, entonces, de las dificultades que acompañan a cualquier otro significado, y la evidencia acumulada a favor de este, Hengstenberg afirma con gran confianza que Azazel no puede ser otra cosa que otro nombre para Satanás. —Id., pp. 67, 68.

En conclusión sobre este punto, el Dr. Beecher dice: «¿No sería extraño si, en todos los símbolos del sistema sacrificial, no hubiera ni una sola insinuación de la existencia de la serpiente? ¿Y dónde esperaríamos ver su sombra dañina, si no aquí en este gran Día de la Expiación?» —Id., p. 73.

Además de estos testimonios decisivos, ofrecemos lo siguiente de comentaristas alemanes. El Dr. A. Sulzberger, en *Christliche Claubenslehre*, pp. 101, 102, dice:

«La próxima vez Satanás aparece ya no en la oscuridad, disfrazado de bestia, sino como un ser espiritual, personal, en el desierto, conocido bajo el nombre de Asasel (Levítico 16:8), a quien, en el Día de la Expiación, uno de los dos machos cabríos, cargado con los pecados del pueblo, es enviado, para llevar estos pecados al padre de todo pecado, e informarle que la expiación por el pueblo ha sido hecha, y que él, como acusador del pueblo, consecuentemente no tiene ningún derecho sobre aquellos cuyos pecados han sido expiados».

«Que bajo Asasel se entiende una personalidad espiritual, y esta la cabeza de los espíritus malignos, se hace evidente por el hecho de que de los dos machos cabríos que son presentados primero ante Jehová, uno es ofrecido a Jehová, y el otro, cargado de pecado, es enviado a Asasel al desierto, la morada de los demonios. De la relación en la que Asasel es puesto aquí con Jehová, se hace evidente que en ambos lados se encuentran seres personales; frente al Jehová

personal solo puede estar el Satanás personal. Con esta visión se alinean Hengstenberg, Kurtz, Gesenius en su '*Thesaurus*', Delitzsch, Keil, etc.».

A esto añade la siguiente nota:

[Palabra en hebreo] de la raíz [otra palabra en hebreo] remover, y expresando un grado más alto de lo mismo, significa, según las definiciones de muchos rabinos, Rosenmüller, Hengstenberg ('*The Books of Moses*', p. 166), Gesenius ('*Thesaurus*'), Ewald ('*Antiquities*', p. 402), Vaihinger (Herzog's Real Encyclopedia, I, p. 634), «el completamente removido». Según Baumgarten, «el apóstata». Según la LXX, [Griego], *averruncus*, un demonio que es ahuyentado lejos.

August Däschel, en "Commentary in Loco", dice:

«La palabra [palabra en hebreo] (La-Asasel), que ocurre en toda la Biblia solo en este capítulo, Levítico 16, y aquí solo cuatro veces, es explicada de manera diferente por distintos intérpretes». «La mayoría de los intérpretes, sin embargo, y esto justamente, apelan al hecho de que a la primera suerte —'para Jehová'— solo una segunda suerte podría corresponderle, sobre la cual, de manera similar, viene el nombre de un ser personal o un nombre propio. Ahora toman a Asasel en este sentido: 'El totalmente apartado, el completamente separado', y entienden con ello al diablo, el originador del pecado, la cabeza de los ángeles caídos, quien es llamado, en el libro de Job, Satanás, y por los Rabinos, Sammael.

También A. Kinzler, en «Biblische Alterth, mer», p. 215, dice: «El hecho más singular en todas las ceremonias del día de la expiación es el procedimiento con el segundo macho cabrío, el vivo, que es llevado, cargado con los pecados del pueblo, al desierto, para Asasel. Esta última palabra ocurre en toda la Biblia solo en este capítulo, Levítico 16, y no significa ni el desierto solitario, ni el macho cabrío en sí (Lutero, 'el macho cabrío libre'), ni 'para la eliminación completa'; las palabras, «una suerte para Jehová y otra para Asasel» (Levítico 16:8), exigen, sin lugar a dudas, que Asasel sea considerado como un ser personal, quien es puesto en contraste con Jehová. En esto solo se puede pensar en el gobernante de los reinos de los demonios, en Satanás».

Así vemos que es susceptible de muy clara prueba que Satanás es el gran antitipo del macho cabrío expiatorio. De hecho, no podemos llegar a otra conclusión. ¡Cuán apropiado, cuán justo es que Satanás, el gran autor del pecado, reciba de vuelta sobre su propia cabeza los pecados y transgresiones a los que ha inducido al pueblo de Dios!

En el tipo, trajeron al macho cabrío expiatorio «vivo delante de Jehová» (Levítico 16:10), y el sumo sacerdote confesó «sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, y todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío» (Levítico 16:21). Así será en el antitipo. Satanás será encausado, y Cristo, su conquistador, pondrá sobre él los pecados e iniquidades que ha causado que el pueblo del Señor cometa, y lo enviará a una «tierra inhabitada» (Levítico 16:22). A esto se hace referencia en el texto citado al principio de esta sección. Apocalipsis 20:1-5. Esa serpiente antigua, Satanás, es atada por mil años y encerrada en el pozo sin fondo, el abismo.

Claramente podemos ver en esto el antitipo del macho cabrío expiatorio. Pero él fue enviado al desierto, una tierra inhabitada. Entonces es un punto importante para nosotros determinar qué es este abismo en el que Satanás será echado. Si, al examinarlo, encontramos que es un «desierto» o un lugar desolado, esto confirmará la veracidad de nuestra posición de que Satanás es el antitipo del macho cabrío expiatorio. Apocalipsis 20:3 dice que Satanás fue echado en el abismo. Apocalipsis 9:1-3 sitúa el abismo en la tierra: «El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo [¿hacia dónde?] a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como humo de un gran horno; y el sol y el aire se oscurecieron por el humo del pozo» (Apocalipsis 9:1-2).

¿Cuál es el significado del término «abismo»? La idea comúnmente asociada a él es la de un infierno de fuego eterno. Pero este no es el significado bíblico de este término. Su significación primaria es: un lugar oscuro, un desierto, una tierra baldía, una región inhabitada. La palabra original, *abussos*, que en Apocalipsis 20:1-3 se traduce como «pozo sin fondo», en otros lugares se traduce como «profundidad» o «abismo». Así, en Génesis 1:1, 2: «En el principio creó Dios los

cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo» (Génesis 1:1-2), o el pozo sin fondo. La palabra es literalmente *el abismo*, como la da la American Bible Union. Así, Apocalipsis 20:1-3: «Y vi a un ángel descender del cielo, que tenía la llave del abismo» (Apocalipsis 20:1-3). Esto, comparado con Génesis 1:2, «Las tinieblas estaban sobre la faz del abismo» (Génesis 1:2), el abismo o pozo sin fondo, ubica este lugar de manera muy definitiva. Es la faz de esta tierra en su estado oscuro, vacío y caótico.

Entonces, si en el futuro Satanás va a ser echado en la profundidad, o el abismo, esta tierra debe ser reducida de nuevo a su estado caótico original, de modo que quede «desordenada y vacía, y las tinieblas sobre la faz del abismo». ¿Será esto alguna vez? Escuche a Jeremías, quien tuvo una visión de la futura condición de la tierra (cap. 4:19-28): «¡Ay, mis entrañas, mis entrañas! Me duelen las paredes de mi corazón; mi corazón ruge dentro de mí; no puedo callar; porque tú, oh alma mía, has oído el sonido de la trompeta, el grito de guerra. Quebranto sobre quebranto es clamado; porque toda la tierra es destruida; de repente son destruidas mis tiendas, en un momento mis cortinas. ¿Hasta cuándo veré la bandera, y oiré el sonido de la trompeta?» (Jeremías 4:19-21). Luego da el resultado de este sonido de la trompeta, alarma de guerra y destrucción sobre destrucción: «Miré la tierra, y he aquí que estaba desordenada y vacía; y los cielos, y no tenían luz» (Jeremías 4:23-24). Compare esto con Génesis 1:2: «La tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo» (Génesis 1:2). Entonces viene el tiempo en que esta tierra será reducida de nuevo a su condición original. Pero él continúa: «Miré los montes, y he aquí que temblaban, y todos los collados se estremecían levemente. Miré, y he aquí que no había hombre, y todas las aves de los cielos habían huido. Miré, y he aquí que el lugar fructífero era un desierto, y todas sus ciudades estaban derribadas ante la presencia de Jehová, y por el furor de su ira. Porque así ha dicho Jehová: Toda la tierra será desolada» (Jeremías 4:24-27).

Los profetas declaran claramente que toda la tierra estará desolada de sus habitantes y convertida en un «desierto», para permanecer así por un período de mil años. Recuerden que fue un lugar similar a este en el que se soltó el macho

cabrío expiatorio; es decir, un desierto, una tierra inhabitada. Este es el lugar donde Satanás, el gran macho cabrío expiatorio antitípico, será atado por mil años. Apocalipsis 20:1-5 sitúa el comienzo de este período en el momento de la resurrección de los bienaventurados y santos, lo cual es mostrado por 1 Tesalonicenses 4:16 como el segundo advenimiento de nuestro Señor. La batalla del gran día, por la cual todos los enemigos del Señor son muertos (Apocalipsis 16; Jeremías 25), tiene lugar en ese momento. Así ese es el tiempo del atamiento del dragón y la desolación de la tierra. Y como esta batalla tiene lugar en *el día del Señor*, y como el derrocamiento total y final de los impíos al final de los mil años de Apocalipsis 20 también tiene lugar en *el día del Señor*, según 2 Pedro 3:7-10, se deduce que los mil años están en ese período cubierto por esta frase, *el día del Señor*. Por supuesto, en ese día ocurre la desolación. Así dice Isaías: «Gemid; porque el día de Jehová está cerca; vendrá como destrucción del Todopoderoso» (Isaías 13:6). «He aquí que el día de Jehová viene, cruel con indignación y con ira y con furor ardiente, para convertir la tierra en desierto, y raer de ella a sus pecadores» (Isaías 13:9). Cap. 13:6, 9. «Porque es día de venganza de Jehová, año de retribuciones en el pleito de Sion. Y sus arroyos [Idumea] se convertirán en brea, y su polvo en azufre, y su tierra vendrá a ser brea ardiente. No se apagará de noche ni de día; el humo de ella subirá por siempre; de generación en generación quedará desolada; nadie pasará por ella jamás y para siempre» (Isaías 34:8-10). Cap. 34:8-10.

Las expresiones *por siempre jamás* y *de generación en generación* muestran que la tierra estará desolada por un período no corto de tiempo. Como hemos visto, esta desolación de la tierra tiene lugar al principio de *el día del Señor*,—el comienzo de los mil años. Este es también el momento en que Jesús hace su segundo advenimiento, porque él es quien destruye a las naciones. Salmos 2:7-9. En Apocalipsis 19 se describe su advenimiento, junto con la destrucción de las naciones y la desolación de la tierra: «Vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y hace guerra. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito," (Apocalipsis 19:11-12). «que nadie conocía sino él

mismo. Y estaba vestido de una vestidura teñida en sangre; y su nombre es: El Verbo de Dios. . . . De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores. Y vi un ángel que estaba en pie en el sol, y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan por en medio del cielo: Venid, y congregaos a la gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y de capitanes, y carnes de fuertes, y carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes. Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, reunidos para hacer guerra contra el que montaba el caballo y contra su ejército. Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y a los que adoraron su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego ardiendo con azufre. Y los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que montaba el caballo, y todas las aves se saciaron de las carnes de ellos.» (Apocalipsis 19:11-21). Esto deja al mundo desolado de sus habitantes.

El profeta continúa: «Y vi a un ángel descender del cielo, que tenía la llave del abismo y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso un sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años.» (Apoc. 20:1-3). Así vemos que tan pronto como la tierra es convertida en un desierto, Satanás es arrojado a esta región desolada para permanecer allí mil años.

Pero, ¿dónde está el pueblo de Dios en este tiempo? Son arrebatados para encontrarse con el Señor, y son llevados al cielo, donde reinan con Cristo durante los mil años. Pablo dice: «Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor.» (1 Tes. 4:16, 17). Jesús declara

directamente que los santos irán al cielo. (Compárese Juan 7:32-34; 13:33-36). Luego les dice cuándo y cómo irán allí: «En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis.» (Juan 14:2, 3). Esto muestra que los santos serán llevados al cielo cuando el Señor venga.

En Apoc. 19:1-10 Juan ve a los santos en el cielo, después de su liberación, alabando a Dios: «Después de esto oí una gran voz de gran multitud en el cielo, que decía: ¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro.» (Apoc. 19:1-10). En su segunda venida, Jesús lleva a su pueblo al cielo, a ese lugar que ha preparado para ellos. Los impíos, como hemos visto, son todos muertos sobre la tierra.

Así, Apocalipsis 19 nos presenta estos dos grandes hechos: (1) La liberación de los santos y su entrada triunfal al cielo. Versículos 1-10. (2) La destrucción de los impíos sobre la tierra. Versículos 11-21. Así, la tierra queda completamente desolada, sin un habitante. Los siguientes versículos describen el atamamiento de Satanás y su lanzamiento a la tierra (Apoc. 20:1-3). Puede surgir una pregunta sobre cómo está atado Satanás. Evidentemente, de esta manera: Los santos están todos en el cielo, fuera de su alcance. Los impíos están todos muertos y en la tierra; y, por lo tanto, están fuera de su alcance. Así, el diablo está atado, sin nada que hacer más que vagar por esta tierra desolada y meditar sobre su triste condición. Y también parecería que está confinado a esta tierra y no se le permite ir a otros mundos.

Que los impíos no resucitan hasta el final de los mil años se declara directamente en Apoc. 20:4-7: «Ellos [los santos] vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos [los impíos] no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años. Esta es la primera resurrección.» (Apoc. 20:4-7).

Fue por medio de las maquinaciones del diablo que la familia humana fue llevada al pecado y puesta bajo el dominio de la muerte. Desde ese tiempo ha gobernado en los reinos de este mundo. Ha incitado a los hombres a la guerra y la

carnicería, hasta que, al fin, al comienzo de los mil años, toda la tierra queda desolada de sus habitantes. Ahora es un vasto cúmulo de ruinas, de palacios desmoronados, aldeas humeantes y ciudades abandonadas. Por todas partes, en todo clima, está escrito, con caracteres de sangre: Ruina, Destrucción y Desolación. Espinos y zarzas crecen en las calles de ciudades antes populosas; bestias salvajes y sátiros deambulan por templos abandonados, y el viento lúgubre gime a través de sus silenciosas cámaras. Esqueletos espantosos de los muertos yacen esparcidos por toda la tierra. Las nubes de arriba son negras, y la tierra de abajo despide fuego y humo, según las palabras de Is. 34:8-10.

Cuando esto se cumpla, ¡en qué estado tan terrible estará la tierra! ¡Fuego y azufre sobre la faz de la tierra, y nubes y densas tinieblas sobre ella! Este será el hogar, este el reino, del diablo y sus ángeles por mil años.

¡Cuán cambiada la escena de los años de su triunfo! Tentó, persiguió y martirizó a los justos sin ninguna misericordia. Pero ahora su poder está roto. El hombre fuerte armado ha sido atado por uno más fuerte que él, y su casa ha sido despojada de sus bienes (Lucas 11:21, 22). Cristo, el poderoso Conquistador, ha atado al fuerte enemigo, ha abierto el sepulcro y ha sacado a los santos. Ahora están fuera del poder de Satanás, y él está atado delante de ellos. ¡Qué escena! El diablo encadenado delante del Dios contra quien se rebeló, delante de Cristo, a quien despreció, delante de los ángeles, a quienes insultó, y delante de los santos, a quienes persiguió y asesinó.

Contémplo, majestuoso y terrible, aunque caído, mientras se yergue y contempla la escena de ruina, desolación y terror, obra de sus propias manos. Mientras observa los oscuros semblantes a su alrededor, los rostros de sus compañeros en la desdicha; mientras contempla sus rasgos, como los suyos, demacrados y gastados; mientras echa un vistazo al terrible escenario que lo rodea, sus pensamientos divagan hacia el Edén, hacia el cielo, hacia la hermosa ciudad de Dios. Recuerda que una vez estuvo allí, que fue un ángel glorioso y santo, compañero de Cristo, amigo de Dios. Entonces fue feliz, porque fue obediente. El cielo era su hogar. Estaba rodeado de belleza, inocencia y encanto. Pero se rebeló contra Dios, ¡y he aquí el resultado! ¿Podría arrepentirse, podría ser perdonado?

¡Oh, cuán rápidamente abrazaría la oportunidad! Pero no; pecó contra demasiada luz, conocimiento y gracia para ser perdonado jamás. Ha grabado tan profundamente la rebelión en su propio ser que el cielo no debe ser puesto en peligro nuevamente por su influencia. Él causó la muerte del Hijo de Dios, y ahora todo el universo lo aborrece y justifica su condenación. Debe sufrir las consecuencias de sus pecados; por mil años largos y sombríos debe vagar por esta tierra oscura y desolada, sin ocupación, excepto con sus propios pensamientos, para meditar sobre su triste condición. La falta de empleo, la ausencia de esperanza, la certeza de su condena final y la ira de Dios sobre él, todo esto debe hacerlo indescriptiblemente miserable. Esta es la cosecha de la maldad. Ha luchado contra Dios, pero ahora los golpes han rebotado sobre su propia cabeza; ha perseguido a los justos, pero ahora están fuera de su alcance y triunfando sobre su caída; ha arruinado su hermoso hogar, y ahora es su prisión. Así ha cumplido el proverbio: «El que hace errar a los rectos por mal camino, él mismo caerá en su propia fosa; mas los íntegros heredarán el bien.» (Prov. 28:10).

Debe permanecer mil años en su propio abismo y sufrir por sus propias malas obras y por los pecados de los justos, que él instigó, y que le han sido justamente imputados por Jesús el Hijo de Dios, nuestro misericordioso Sumo Sacerdote.

11. El juicio de los impíos

Hemos visto que los justos muertos son resucitados del sepulcro, y los justos vivos son transformados, y todos son llevados al cielo, cuando Jesús viene. Los impíos son muertos sobre la tierra en ese momento. En Apocalipsis 19:1-10 los santos son vistos en el cielo, recién librados, cantando cánticos de alabanza, y participando de la cena de las bodas del Cordero. Los versículos 11-21 relatan la destrucción de las naciones. Los primeros tres versículos del capítulo 20 dicen que un ángel desciende del cielo, ata a Satanás, y lo arroja al abismo, para que permanezca allí mil años. Habiendo así dispuesto de los impíos y del diablo por mil años, Juan vuelve su atención a los santos, y revela su ocupación durante estos mil años: «Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y se les dio juicio; y vi las almas de los decapitados por el testimonio de Jesús, y por la palabra de Dios, y los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni habían recibido su marca en sus frentes o en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. Pero los demás de los muertos no volvieron a vivir hasta que se terminaron los mil años.» (Apocalipsis 20:4-5) Luego hay dos resurrecciones, y están separadas por mil años. El versículo 6 dice que bienaventurados y santos son los que tienen parte en la primera resurrección, y por supuesto los que tienen parte en la segunda resurrección son los impíos. Ellos están muertos y en sus sepulcros durante los mil años, pero volverán a vivir cuando los mil años se terminen. Así vemos que la primera resurrección, la de los justos, tiene lugar al comienzo de los mil años, y la segunda, la de los impíos, al final de ese tiempo. Apocalipsis 20:1-6.

De los justos Juan dice que se les dio juicio, y que reinaron con Cristo mil años. ¿Qué juicio se les ha de dar? —Es el juicio de los impíos, un examen de sus casos, porque los santos han de juzgar a los impíos, y también a los ángeles caídos. Dice Pablo: «¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar las cosas más pequeñas? ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? ¡Cuánto más las cosas de esta vida!» (1 Corintios 6:2, 3) Este testimonio es muy claro y directo, y prueba que el juicio del que habla no es un juicio en esta vida. De nuevo dice: «Así que, no juzguéis nada antes de

tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones.» (1 Corintios 4:5)

Cuando venga el Señor, todos los secretos serán revelados, y los santos se unirán para juzgar al mundo; porque entonces serán perfeccionados y conocerán como son conocidos ahora. 1 Corintios 13:9-12.

Daniel habla en el mismo sentido. Él dice: «Yo miraba, y este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía, hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo.» (Daniel 7:21, 22) Por todo esto vemos que los santos están en el cielo durante los mil años, juzgando a los impíos que no han tenido resurrección. Todas las obras de los impíos están escritas en libros; estos libros son abiertos delante de Dios, y ellos son juzgados por lo que se halla escrito en los libros. Apocalipsis 20:12. Durante los mil años los santos tendrán acceso a estos registros, de los cuales podrán ver y saber cuál es el justo merecido de cada uno de los perdidos. Se unirán con Cristo en el juicio y la condenación de los impíos. Al final de este tiempo, Cristo y todos los santos descenderán a la tierra. Jesús se parará sobre el Monte de los Olivos, de donde ascendió, y el monte se partirá por en medio y se convertirá en una gran llanura. Zacarías 14:4, 5. La ciudad santa desciende y se asienta sobre esta llanura. Los impíos, al ser resucitados, son reunidos por Satanás alrededor de la ciudad. Viendo lo que ha perdido, y viendo a aquellos sobre quienes a menudo ha triunfado disfrutando esa gloria con el Hijo de Dios, la ira inflama su corazón, y guía a sus engañados hasta la ciudad en formación de batalla. ¡Vano esfuerzo! Entonces el juicio escrito será ejecutado sobre Satanás y todas sus huestes. Dice Judas: «Y de estos también profetizó Enoc, séptimo desde Adán, diciendo: He aquí, viene el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de entre ellos de todas sus obras impías que han hecho impíamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él.» (Judas 14, 15)

12. La destrucción de satanás

¿Será Satanás destruido? Esta pregunta puede parecer extraña para algunos, porque somos conscientes de que hay quienes consideran la eternidad de Satanás tan bien establecida en sus mentes como la eternidad de Dios. En la opinión popular, el diablo y sus ángeles nunca dejarán de existir, sino que vivirán por toda la eternidad en el infierno, blasfemando a Dios y atormentando a los perdidos. ¿Pero es esto razonable? ¿Es bíblico? Que Dios perpetúe la existencia del diablo y de todos los impíos, no los beneficiaría; están perdidos sin remedio, y su castigo no es reformador. ¿Podría un Dios de amor y misericordia deleitarse en tal escena de dolor y sufrimiento? ¿Es necesario mantener tal ejemplo eternamente a la vista de los santos y los ángeles para mantenerlos en sujeción? ¿Permanecerá eternamente tal mancha inmundada para empañar la belleza y la felicidad del hermoso universo de Dios? No; tal pensamiento es tan aborrecible para la razón como opuesto a la Biblia. La verdad y la justicia son las únicas perdurables y eternas. El pecado y los pecadores son ambos desarrollos anormales, en guerra con el Creador y Gobernador, y, por la propia naturaleza de las cosas, deben llegar a su fin. Dios una vez tuvo un universo limpio, y lo tendrá de nuevo.

La Biblia enseña que tanto los hombres impíos como los demonios serán destruidos, y dejarán de contaminar el reino y el gobierno de Dios. Hablando de la humillación de Cristo, Hebreos 2:14 dice: «Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo» (Hebreos 2:14). Entonces, tan ciertamente como murió, tan ciertamente destruirá al diablo, porque el propósito de su muerte se cumplirá. Hemos visto que el querubín protector de Ezequiel 28 es el diablo. Dios dice de él: «Yo te destruiré, oh querubín protector, de en medio de las piedras de fuego. Se enaltecíó tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra, te pondré delante de los reyes para que te miren. Con la multitud de tus maldades y con la iniquidad de tu comercio profanaste tus santuarios; yo, pues, saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te convertí en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miraban. Todos los que te conocieron de entre

los pueblos se asombrarán de ti; serás objeto de terror, y para siempre dejarás de ser» (Ezequiel 28).

Aquí vemos que Satanás será reducido a cenizas sobre la tierra, y que entonces dejará de existir, porque «para siempre dejarás de ser». Él es el rey de los rebeldes. Para él, Dios preparará el lago de fuego. Todos los que sigan sus caminos serán arrojados con él en él. A los impíos el Señor les dirá: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (Mateo 25:41). Sobre el mismo tema dice el profeta: «Porque de mucho tiempo está dispuesto Tofet; y aun para el rey se ha preparado; lo ha hecho profundo y ancho; su pira es fuego y mucha leña; el soplo de Jehová, como torrente de azufre, lo enciende» (Isaías 30:33).

El diablo será borrado de la existencia, y todas sus obras con él. Los hombres impíos son las obras del diablo. Véase Mateo 13:38, 39. «La cizaña son los hijos del malo; el enemigo que la sembró es el diablo» (Mateo 13:38, 39). ¿Serán destruidos? Que Juan responda: «El que practica el pecado es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo» (1 Juan 3:8). No solo el diablo mismo será destruido, sino también aquellos que han seguido sus caminos. Dice David: «A todos los impíos destruirá» (Salmos 145:20).

El Señor dice por su profeta: «Porque he aquí que viene el día ardiente como un horno; y todos los soberbios, y todos los que hacen maldad, serán estopa; y aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama» (Malaquías 4:1). Jesús dijo a sus discípulos: «Yo soy la vid, vosotros los pámpanos» (Juan 15:5). Los seguidores de Cristo son pámpanos de la Vid Celestial, porque dan fruto celestial por la fuerza que de Él sacan. En Apocalipsis 14:18 un ángel clama al segador sobre la nube blanca: «Mete tu hoz aguda, y vendimia los racimos de la vid de la tierra, porque sus uvas están maduras» (Apocalipsis 14:18). Así como Cristo es la Vid Celestial, de la cual el Padre es el Labrador, así Satanás es la vid de la tierra; sus seguidores dan fruto que es *terrenal, sensual, diabólico*. Están confederados en racimos de todo tipo; pero no se juntan con Cristo. Raíz y rama serán destruidas juntas. Dijo Jesús: «Toda

planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada» (Mateo 15:13). Ni un vestigio de ellos quedará para empañar la creación de Dios.

En armonía con esto, el libro de Apocalipsis habla de un tiempo cuando «a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que están en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: La bendición y la honra y la gloria y el poder sean al que está sentado en el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 5:13).

La palabra del Señor dice: «Ciertamente el justo será recompensado en la tierra; ¡cuánto más el impío y el pecador!» (Proverbios 11:31). Cuando la tierra sea hecha nueva, los justos la tendrán como posesión eterna. Pero ellos tendrán un reinado de mil años en la ciudad de Dios en el cielo. Los impíos tienen su recompensa en la tierra, porque es aquí y solo aquí donde sufren su castigo. En este sentido, son recompensados en la tierra «mucho más» que los justos. Pedro dice: «Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos» (2 Pedro 3:7). Esta tierra presente está reservada para el fuego; porque «los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas» (2 Pedro 3:10).

Esto demuestra que ni el diablo ni los impíos están aún sufriendo en el fuego al que están destinados. Jesús dice que su partida al fuego es después de que Él venga en su gloria (Mateo 25:31-41). Pedro dice que esta tierra se derretirá con calor ardiente en el día de la perdición de los hombres impíos.

Y así el libro de Apocalipsis. Cuando Satanás reúne las huestes de los impíos alrededor del campamento de los santos y la ciudad amada, fuego descende de Dios del cielo y los devora. Esto es después de los mil años, después de la resurrección de los muertos impíos. Este es el fuego que derrite la tierra, y quema todo lo que pertenece al pecado y la maldición. Este es el fuego de Gehenna, porque la tierra derretida será el lago de fuego en el que Satanás y sus ángeles, y todos sus seguidores, serán destruidos; cuando todos los que hacen maldad sean quemados y no les quede ni raíz ni rama.

Aquí termina la controversia entre la justicia y la iniquidad. Ahora, ¿qué ha ganado Satanás con su rebelión? Nada más que la miserable satisfacción de haber hecho el mal por un tiempo. Ha perdido todas las alegrías del cielo, el placer de hacer lo correcto, y la conciencia de ser puro e inocente, y la felicidad de ser amigo de Dios. Pero sobre todo ha perdido la vida eterna. Si hubiera permanecido obediente a Dios, habría vivido por toda la eternidad sin dolor, ni enfermedad, ni el temor a la muerte. Pero ahora tiene que morir, hundirse en la oscuridad del *olvido eterno*. ¡Oh, qué pensamiento tan terrible debe ser para Satanás, que una vez ocupó una posición tan exaltada en el cielo! ¿Podemos suponer que el diablo ha sido feliz durante los últimos seis mil años, en el dolor y la miseria que ha producido en el mundo? No; es imposible. ¿Y qué diremos de aquellos de la raza de Adán que han sido sus *cómplices y seguidores voluntarios*? Han sido advertidos, han sido suplicados, por los terrores de la muerte, por las alegrías de la vida eterna, por el valor precioso de la sangre de Jesús derramada por ellos, para que se arrepientan y vivan; pero contra todo esto se han desviado hacia la ruina. Ahora aprecian la pregunta del Salvador: «¿De qué le sirve al hombre si gana todo el mundo y pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma» (o vida)? Cuando esto se pierde, todo está perdido. Para ellos está reservada «la oscuridad de las tinieblas para siempre» (Judas 13).

13. La Redención de la Tierra

Pero todo el fruto del pecado no sería destruido si la tierra no fuera redimida de la maldición. Pedro dice que así como la tierra pereció una vez con agua, así será cambiada una vez más por fuego. Después de decir que los cielos y la tierra que ahora existen están reservados para el fuego, contra el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos, y que los elementos se derretirán con calor ferviente, y las obras que están en la tierra serán quemadas, continúa: «Nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia». (2 Pedro 3:13)

Jesús dice: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra». (Mateo 5:5) En Sal. 37:11 la misma declaración se hace con una adición importante: «Pero los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán con la abundancia de paz». Y esto prueba que no heredan la tierra en su estado actual, porque Jesús dijo: «En el mundo tendréis aflicción». (Juan 16:33)

Si la maldición nunca fuera quitada de la tierra, las obras del diablo no serían todas destruidas.

Pablo dice que los santos ahora tienen el sello del Espíritu, el cual es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida. (Efesios 1:14) Tanto el hombre como su dominio fueron puestos bajo la maldición del pecado. Jesús murió para redimir a ambos; la herencia ha sido adquirida, así como el hombre, y, como el hombre, espera ser redimida. Pero esto no puede ser mientras haya un pecador, o un remanente de pecado, en ella.

Durante seis mil años la tierra ha sido contaminada por Satanás y sus obras, el pecado y los pecadores. Pero todo esto será quemado; entonces la tierra será una vez más pura como lo fue cuando salió por primera vez de las manos de su Hacedor. El lago de fuego que destruye a los impíos es el mismo que quema los últimos vestigios del pecado y la maldición, y purifica la tierra. En Apocalipsis 20 se introduce este lago de fuego: «Y la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego». (Apocalipsis 20)

El capítulo siguiente continúa la escena: «Y vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron; y el mar ya no existía más». Entonces Adán será restaurado a su propio Paraíso, en su propio dominio, que le fue dado al principio. Los perdió por el pecado; el segundo Adán los restauró por su obediencia y sacrificio. Entonces todos los santos poseerán la tierra, su hogar largamente perdido. Entonces, y no antes de entonces, apreciarán todo el alcance de las palabras del Salvador: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra».

Este tiempo seguramente vendrá. Hemos vivido tanto tiempo en medio del pecado y la rebelión, nos hemos acostumbrado tanto tiempo al vicio y la maldad, hemos estado tanto tiempo apartados del cielo y de Dios, que no podemos darnos cuenta de que alguna vez será diferente. Ahora, en esta tierra, la injusticia es popular, y «el que se aparta del mal, es despojado». (Is. 59:15) Aquí los justos son una vasta minoría; pero es solo aquí. Cuando recordamos la *innumerable compañía de ángeles*, que todavía son leales a su Dios, vemos que los justos son realmente la mayoría. Por un corto tiempo el diablo ha logrado profanar una pequeña parte, una parte muy pequeña, de la creación de Dios. Dios le ha permitido por un tiempo continuar con impunidad, hasta que haya desarrollado plenamente las terribles consecuencias del pecado y la rebelión contra el Creador omniscio. Él servirá como un ejemplo para todas las criaturas inteligentes de Dios, para que puedan ver la absoluta locura de desobedecer al Todopoderoso. Dios pronto borrará la mancha que Satanás ha hecho en su universo, por la destrucción total de Satanás y todas sus obras.

Entonces se cumplirá lo que Dios ha hablado por boca de todos sus santos profetas desde el principio del mundo. Dios «enviará a Jesucristo, que antes os fue anunciado; a quien el cielo debe recibir hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas». (Hechos 3:20, 21) Cuando los hombres justos y los ángeles leales contemplen el castigo de los hombres impíos y los demonios, podrán cantar: «Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los santos». (Apoc. 15:3)

Cuando miramos la terrible condición del mundo, a veces somos tentados a cuestionar la sabiduría de Dios al permitir que tal estado de cosas continúe por tanto tiempo. Pero debemos recordar que Dios es de eternidad a eternidad, el Eterno. Nuestro mundo ha existido solo unos seis mil años. Aquí hay un hombre de sesenta años. Parece poco tiempo desde que era un niño pequeño; sin embargo, ha vivido una centésima parte del tiempo que el mundo ha existido. Cien hombres así en sucesión irían desde la fundación del mundo hasta el tiempo presente. Entonces, ¡qué breve período es la historia del mundo! En el más largo, no es más que un momento comparado con la eternidad. Piensen en la eternidad que ha pasado. Imaginen la eternidad por venir. Recuerden que los propósitos de Dios alcanzan de eternidad a eternidad. Entonces, ¿por qué deberíamos considerar algo increíble que Dios permitiera al diablo continuar en su rebelión por tan poco tiempo, hasta que haya desarrollado plenamente su carácter y las consecuencias del pecado?

De nuevo, esta tierra, comparada con todos los mundos de Dios, no es más que un grano de arena en comparación con todo el universo. El sol solo es tan grande como un millón trescientas mil veces mundos como el nuestro. A razón de treinta millas por día, a un hombre le tomaría más de doscientos cuarenta años viajar a su alrededor. El planeta Júpiter está a cuatrocientos noventa millones de millas de distancia del sol. Su diámetro es de ochenta y nueve mil millas, siendo mil cuatrocientas veces más grande que la tierra. La estrella fija más cercana está tan distante que una bola que se moviera a una velocidad de quinientas millas por hora, tardaría más de cuatro millones quinientos mil años, o setecientas cincuenta veces el período transcurrido desde la fundación del mundo, en alcanzarla desde esta tierra; muchas de estas estrellas son miles de veces más grandes que nuestra tierra, y, probablemente, todas están habitadas.

«Algunos astrónomos han calculado que no hay menos de setenta y cinco millones de soles en el universo. Las estrellas fijas son todas soles, teniendo, como nuestro sol, numerosos planetas girando a su alrededor. El sistema solar, o aquel al que pertenecemos, tiene más de treinta planetas, primarios y secundarios, que le pertenecen. El campo circular, o espacio que ocupa, tiene un diámetro de tres

mil seiscientos millones de millas, y el que controla es mucho mayor. El sol más cercano a nosotros se llama Sirio, distante de nuestro sol unos ochocientos cincuenta y dos millones de millas. Ahora bien, si todas las estrellas fijas están tan distantes unas de otras como Sirio lo está de nuestro sol, o si nuestro sistema solar es la magnitud promedio de los de los setenta y cinco millones de soles, ¿qué imaginación puede captar la inmensidad de la creación? ¿Quién puede inspeccionar una plantación que contiene setenta y cinco millones de campos circulares, cada uno de tres mil seiscientos millones de millas de diámetro? Tal, sin embargo, es una de las plantaciones de Aquel que ha medido las aguas en el hueco de su mano, ha tomado la medida de los cielos con su palmo, con tres dedos ha juntado el polvo de la tierra, ha pesado los montes con balanza y los collados con peso, —Aquel que, sentado sobre el círculo de la tierra, extiende los cielos como una cortina y los despliega como una tienda para morar en ella. Las naciones para Él son como una gota de un cubo, y son contadas como el polvo menudo de la balanza». —Christian Almanac.

Cuando vemos el tema bajo esta luz, considerando la porción infinitamente pequeña de la creación que realmente ocupa esta tierra, y el breve período de su historia en pecado, y recordamos que la obra de Satanás se ha confinado a esta pequeña esfera, y que incluso esta será pronto restaurada a su condición original, y que el diablo será castigado por sus crímenes, todo es razonable, claro y consistente. Es solo cuando tenemos una visión estrecha y limitada del asunto que nos vemos llevados a cuestionar la sabiduría de los tratos de Dios con este mundo.

¡Día feliz! ¡Que pronto amanezca! Entonces se hará realidad la gloriosa escena descrita en Apoc. 5:13: «Y a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y a las que están en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Bendición, y honor, y gloria, y poder, sean al que está sentado en el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos». Querido lector, cuando el presente e infeliz estado de nuestro mundo haya pasado, cuando el pecado y la maldad ya no existan, cuando los demonios y los hombres impíos hayan sido destruidos por sus crímenes, cuando la tierra florezca como el jardín del Edén, *cuando vengan los*

tiempos de la restauración de todas las cosas, que sea nuestra feliz suerte tener parte en este gozoso cántico de alabanza a Dios y al Cordero. Amén.